

El Colegio de México

El problema del hambre en Sudán

Trabajo final presentado por

Adela Beatriz Escobar Cristiani

En conformidad con los requisitos establecidos para recibir el grado de

**Maestría en Estudios de Asia y África
Especialidad África**



Centro de Estudios de Asia y África
2003

Contenido

Introducción	1
I. Antecedentes históricos	
• Sudán antes de la independencia:	
El desarrollo separado	13
• La primera etapa de la guerra civil	18
• El Acuerdo de Addis Abeba y el fracaso de los intentos de paz	23
• La segunda etapa de la guerra	29
II. Las causas de hambre en Sudán	43
• La transformación de la economía	44
• El hambre como instrumento de guerra	50
III. La ayuda humanitaria	68
• Surgimiento y desarrollo de la OLS	69
• De los principios a la acción	76
• Los problemas institucionales	79
• El impacto político de la ayuda humanitaria	89
Conclusiones	95
Bibliografía	99

Índice de figuras

Mapa 1	
<i>Vegetación</i>	3
Mapa 2	
<i>Hidrografía</i>	4
Mapa 3	
<i>Grupos humanos</i>	6
Mapa 4	
<i>Mapa general de Sudán</i>	11
Mapa 5	
<i>El sur de Sudán</i>	12
Mapa 6	
<i>Explotación petrolera</i>	28
Cuadro 1	
<i>Principales ONG del Sector Sur de la OLS. 1998</i>	71
Mapa 7	
<i>OLS. Primera fase</i>	75

Introducción

En Sudán, el hambre ha sido un problema recurrente a lo largo de la historia. Se conoce la existencia de una serie de desastres alimentarios ocurridos desde 1684, año de la denominada “gran hambruna”. A lo largo de los siglos XIX y XX tuvieron lugar varios periodos de hambruna en distintas regiones del actual territorio sudanés. En la última década, el problema se ha concentrado de manera particular en el sur del país, donde ha adquirido una magnitud nunca antes vista.

En el presente trabajo se examinan las relaciones existentes entre la política y el hambre en el sur de Sudán durante la década de 1990. Específicamente, se estudian las condiciones políticas y sociales que han favorecido el constante surgimiento de crisis alimentarias en esa región. El trabajo persigue tres objetivos. En primer término, se busca comprender el desarrollo histórico de las estructuras políticas y sociales sudanesas, caracterizado por las relaciones de desigualdad entre el norte y el sur del país. En segundo lugar, se trata de explicar la forma como esa relación de desigualdad ha influido en el problema del hambre, en particular a través de su expresión predominante: la guerra civil. Finalmente, se abordan las consecuencias de la ayuda alimentaria en las relaciones sociales y políticas en Sudán.

El hambre es un fenómeno complejo. Cada crisis deriva de una complicada articulación de factores de diversa índole. Entre ellos se incluyen desde las particularidades geográficas de una región y la aparición de plagas o enfermedades, hasta las características sociales, económicas y políticas de la comunidad donde ocurre el fenómeno. Por lo tanto, para comprender el problema no sólo es necesario conocer el medio físico donde habita una

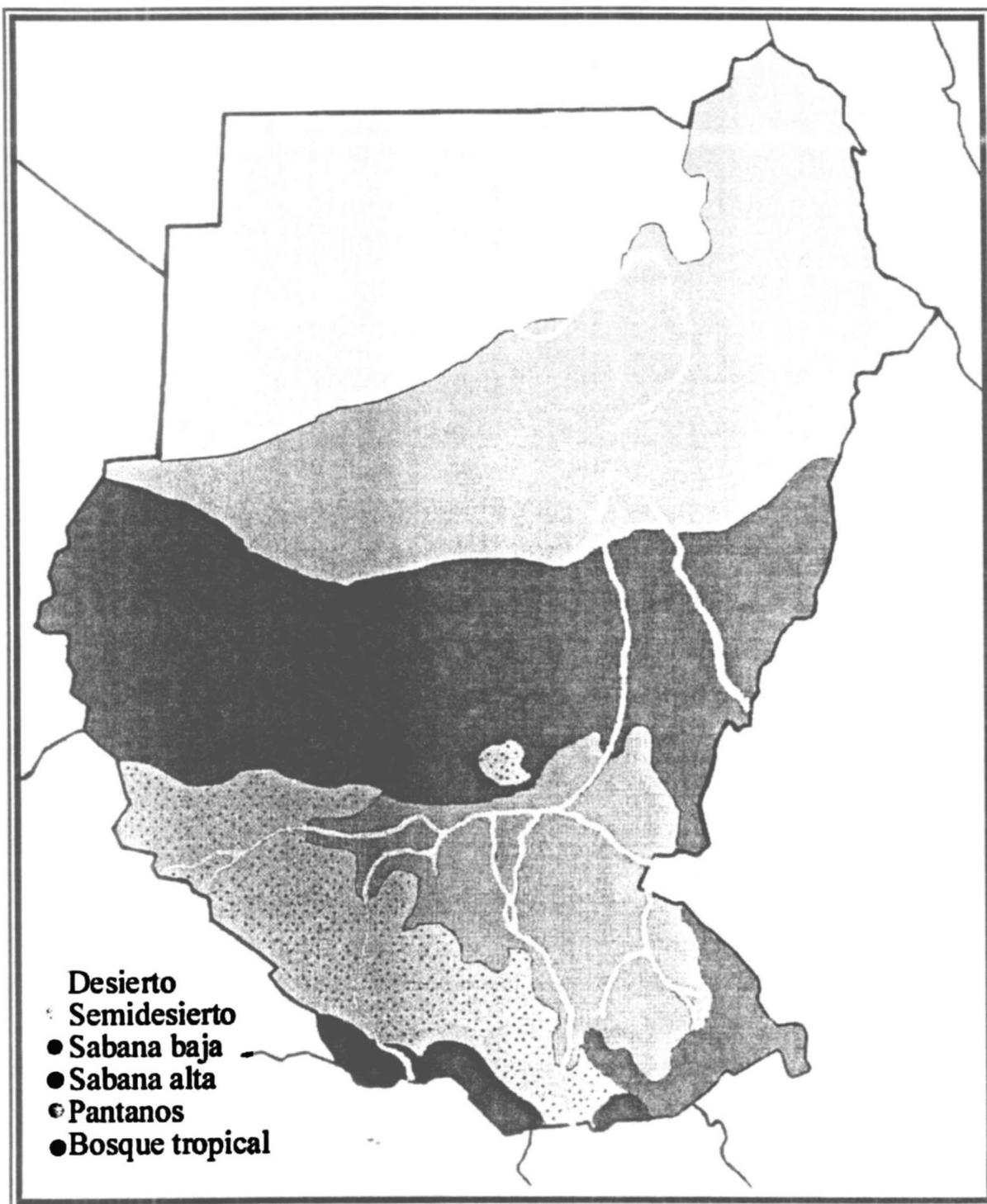
comunidad afectada por el hambre. También es fundamental estudiar el contexto de las relaciones humanas en sentido más amplio.

Es un lugar común atribuir el hambre a factores estrictamente geográficos, tales como la sequía. Sin embargo, en las sociedades actuales esta apreciación no es exacta ni suficiente. Los fenómenos naturales pueden, en efecto, causar un descenso en la producción o provocar la escasez de alimentos en un momento dado. Sin embargo, una emergencia alimentaria que ponga en riesgo la vida de una parte importante de la población no se puede explicar sin la concurrencia de otros factores, relacionados principalmente con la actividad humana.

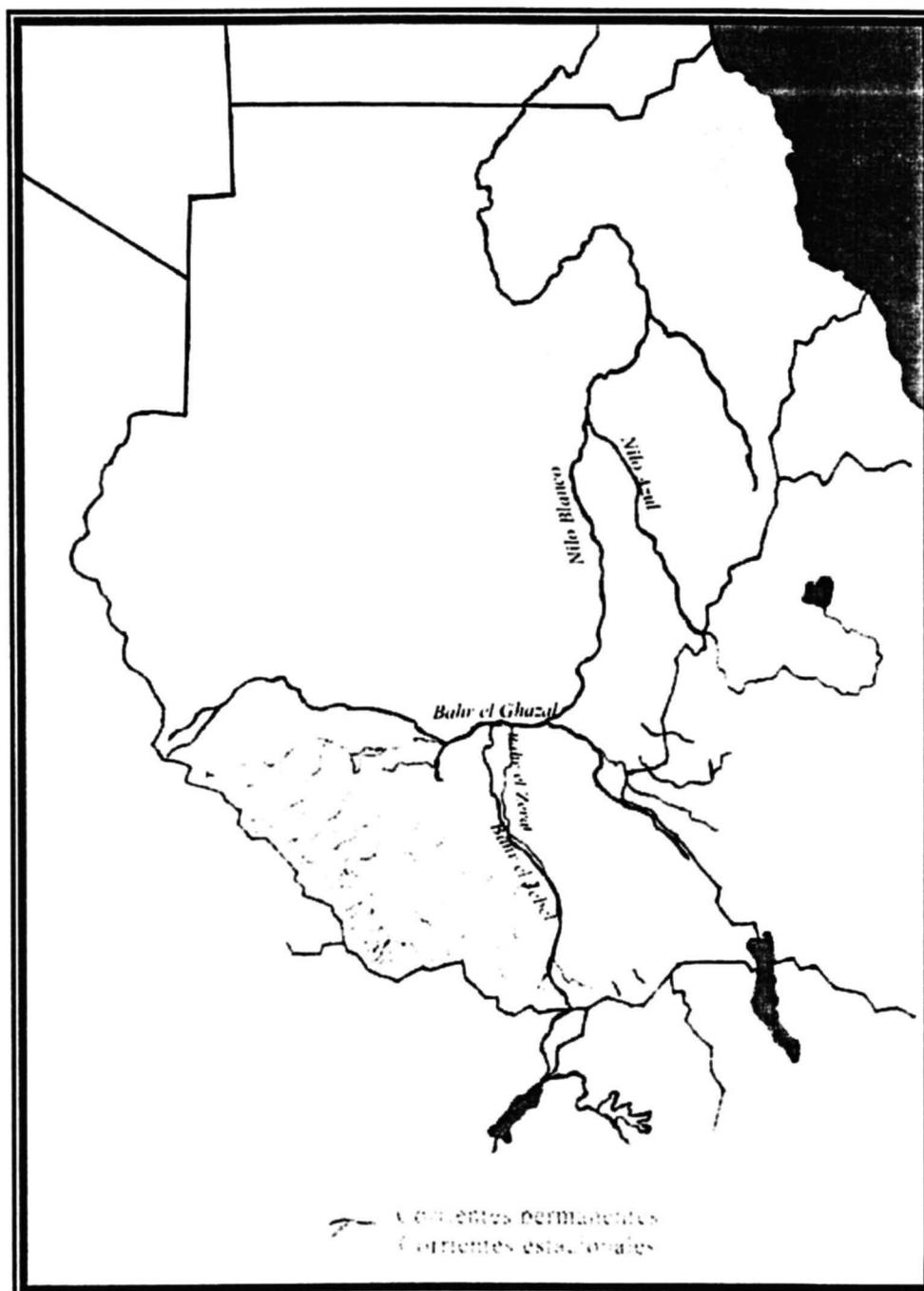
En este sentido, el caso de Sudán resulta muy representativo. Sudán es un país caracterizado por una gran diversidad tanto del medio físico como de las estructuras sociales. En el país existen varios sistemas ecológicos, donde ha habitado desde mucho tiempo atrás una amplia variedad de pueblos con distintos modos de vida y diversas formas de relacionarse con el medio ecológico.

En términos geográficos, en el norte del país se localizan el desierto, el semidesierto y la sabana baja. A su vez, en el sur se ubican la sabana alta, la zona de inundaciones e incluso un área de bosque tropical (*Mapa 1*). Además, en esta región existen importantes reservas de dos recursos fundamentales para Sudán: el agua (*Mapa 2*) y el petróleo. Es decir, el sur es una zona relativamente más favorecida que el norte en lo referente a los recursos naturales. Sin embargo, en los últimos años, la hambruna ha afectado con mayor fuerza a esta parte del país. Este hecho sirve como indicador de que la geografía no es la causa determinante de la actual extensión del hambre en el sur de Sudán.

Mapa 1
Vegetación



Mapa 2 Hidrografía



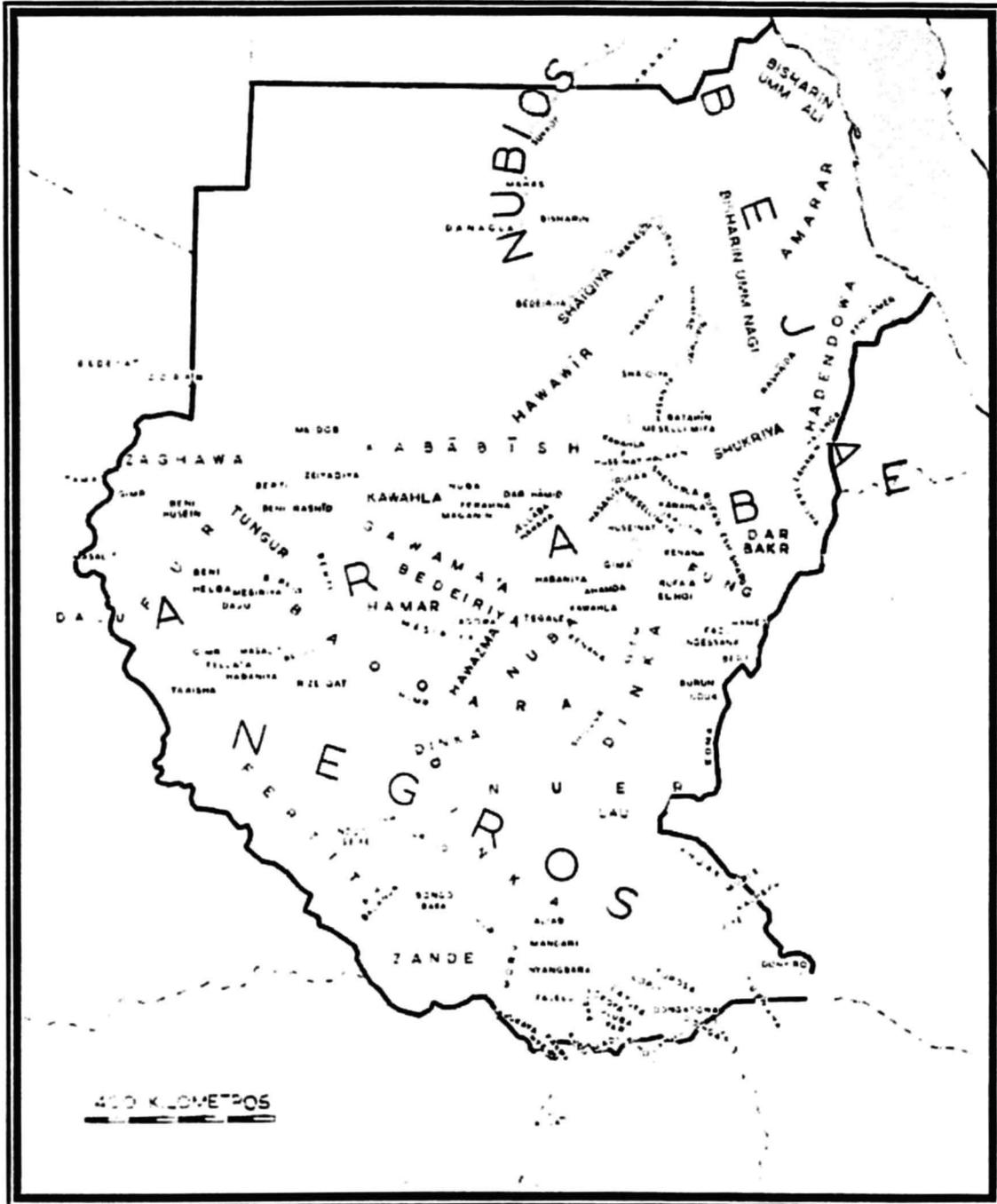
Entre los múltiples factores que han favorecido la persistencia del hambre es necesario subrayar la importancia de las relaciones sociopolíticas establecidas entre los distintos sectores de la sociedad. Existe un vínculo primordial entre las posiciones de poder de los distintos grupos sociales y su capacidad para acceder a los alimentos. Como en cualquier otro país que haya enfrentado una emergencia alimentaria, en Sudán no toda la población se ha visto afectada en la misma medida. El hambre aqueja en particular a ciertas regiones y, más específicamente, a algunos grupos precisos al interior de la sociedad.

Por esta razón, para explicar el problema fundamental comprender las relaciones de poder y las formas de dominación establecidas entre los distintos grupos sociales sudaneses como resultado de su desarrollo histórico. La desigualdad en el ámbito sociopolítico, expresada particularmente a través de la guerra que enfrenta al norte y el sur, ha sido una de las causas fundamentales del severo agravamiento del hambre en el sur del país en la última década.

Desde el punto de vista cultural existen diferencias importantes entre el norte y el sur de Sudán. En el norte predomina la población arabizada e islamizada. En cambio, en el sur las comunidades se encuentran más identificadas con África Subsahariana. Sin embargo, esto no significa que en Sudán existan dos bloques homogéneos de población. Tanto en el norte como en el sur habita una gran variedad de grupos humanos que forman un complejo mosaico (*Mapa 3*).

En la región norte del país sobresalen los nubios, los beja, los nuba, los fur, los daju, los zaghawa, los funj y los ingessana. Un grupo que ha jugado un papel fundamental en el límite de las zonas norte y sur del país es el constituido por los baggara ("vaqueros") de la parte meridional de Darfur y Kordofan. Se trata de un grupo pastoral, nómada y musulmán, que en épocas recientes ha constituido las tristemente célebres milicias *murahalin*.

Mapa 3
Grupos humanos



En el sur, la estructura de la población es también muy compleja. A diferencia del norte, en el sur habitan mayoritariamente pueblos no arabizados y que profesan diversas religiones africanas o el cristianismo. Entre los principales grupos se cuentan los toposa, los anuak, los luo, los fertit, los azande, los shilluk, y los nuer. Los dinka constituyen el grupo étnico más grande del sur de Sudán, y ocupan alrededor del 10% del territorio. Su espacio tradicional se extiende sobre todo en la provincia de Bahr el Ghazal e incluso se interna hacia el norte, más allá del río Bahr el Arab, en el sur de Kordofan. Los dinka realizan actividades agrícolas y el ganado constituye el elemento central de su cultura. Como sus vecinos baggara, son trashumantes, y durante la estación seca migran a zonas donde puedan pescar y obtener agua para el ganado.

A lo largo de la historia, todos estos grupos han interactuado en distintas formas. Entre ellos se han establecido complejos vínculos sociales y políticos. El presente trabajo estudia la forma en que esas relaciones han influido en la propagación del hambre y, a su vez, se han modificado a raíz de la emergencia alimentaria.

El trabajo está dividido en tres capítulos. En el primero, se realiza una revisión de la historia sudanesa, con el fin de comprender la forma en que han evolucionado las relaciones de poder en el país. Aquí se encuentra la explicación de muchas de las características actuales del problema del hambre.

A través de la historia, ciertos sectores musulmanes y arabizados se han afirmado como una élite desde el punto de vista económico y político. Esta élite ha entrado en conflicto con otros sectores sociales al tratar de establecer su dominio sobre ellos. El gobierno ha desarrollado un proyecto nacional que busca consolidar a Sudán como un país islámico en el sentido más amplio. Este proyecto busca establecer el Islam como el eje de la vida sudanesa, tanto a nivel individual como de la sociedad en su conjunto. El gobierno

pretende que la islamización de la sociedad abarque todos los ámbitos: político, social, económico y cultural. Además, trata de imponer el uso de la lengua árabe en todo el país. Este proceso ataca la diversidad lingüística y cultural característica de Sudán. El gobierno sudanés está tratando de alterar la identidad de las distintas comunidades y de terminar con sus particularidades culturales, para poder completar el proceso de consolidación de Sudán como un estado islámico.

Los intentos de la élite musulmana por establecer su dominio se encuentran íntimamente relacionados con la lucha por el control y aprovechamiento de recursos fundamentales localizados en el sur del país, como el agua o el petróleo. Esta lucha por los recursos se ha complicado a causa de la ideología fomentada por la élite en el poder y que sostiene la superioridad de la población del norte por encima de los habitantes del sur.

En todo el país, numerosas comunidades han manifestado su oposición en contra del proyecto pretendidamente nacional que atenta contra sus formas de vida y las coloca en una situación de desventaja. Para vencer esta resistencia, las autoridades han recurrido al uso indiscriminado de la fuerza, en muchas variantes y por distintos medios. La guerra civil constituye una de las manifestaciones más completas de este proceso.

En el segundo capítulo se explica cómo las desigualdades han agravado en la década de 1990 el fenómeno de las hambrunas. Este capítulo trata dos temas que han favorecido la grave extensión del problema de la hambruna: las transformaciones en la economía y la guerra. Ciertas transformaciones de orden económico, de manera particular la monetarización de la economía, han influido en las estructuras sociopolíticas y de esta forma han contribuido a complicar la guerra. El cambio económico ha hecho posible que se profundicen las desigualdades entre el norte y el sur del país, hecho que agudiza las tensiones y refuerza el dominio por parte de las élites del norte sobre la población del sur.

Asimismo, las transformaciones han favorecido el desgaste de las estructuras sociales de muchos grupos del sur. De esta manera, diversos mecanismos que a lo largo del tiempo habían contribuido a limitar el impacto del hambre han ido perdiendo efectividad.

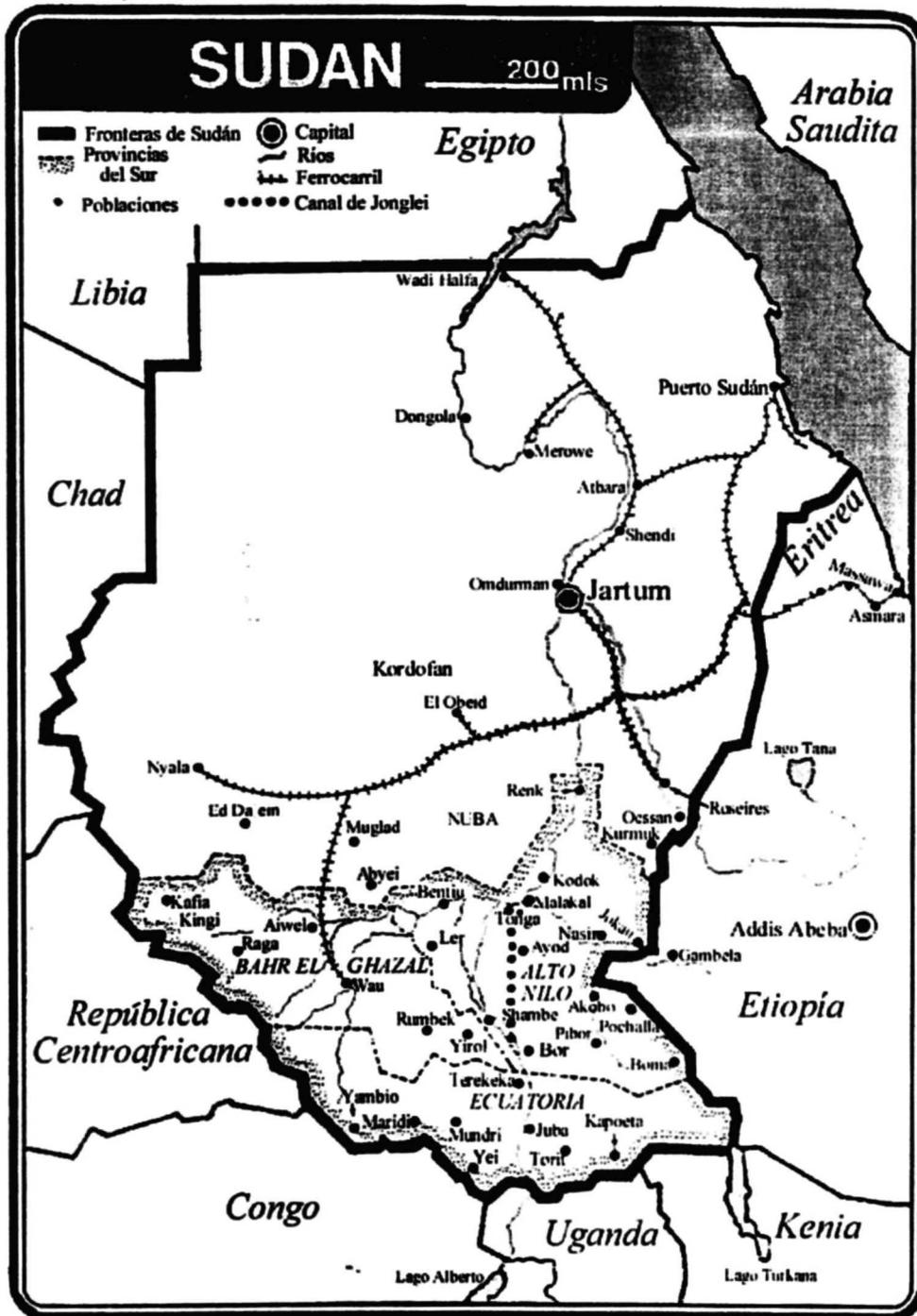
Paralelamente, la propia guerra civil ha sido decisiva para profundizar el problema del hambre. La guerra civil constituye uno de los ejes que han dominado la vida en el sur del país. Su impacto en la propagación del hambre es innegable. El recurso a la fuerza por parte de la élite gubernamental para implantar su proyecto nacional ha sido una clave en la historia sudanesa desde la independencia. En el marco de la guerra, las partes en conflicto, en particular el gobierno, han recurrido a estrategias que han desembocado en la alarmante propagación del hambre entre la población del sur de Sudán.

En este sentido, es necesario aclarar que el hambre no es un resultado inevitable de una guerra. Al contrario de lo que sucede en Sudán, en otros conflictos (El Salvador o Líbano, por ejemplo), la guerra no implicó la propagación de la hambruna. En Sudán, en cambio, el uso del hambre como un arma de guerra ha provocado la propagación de la hambruna a niveles de desastre. Ante esta situación, una de las respuestas más importantes en los últimos años ha sido la ayuda alimentaria.

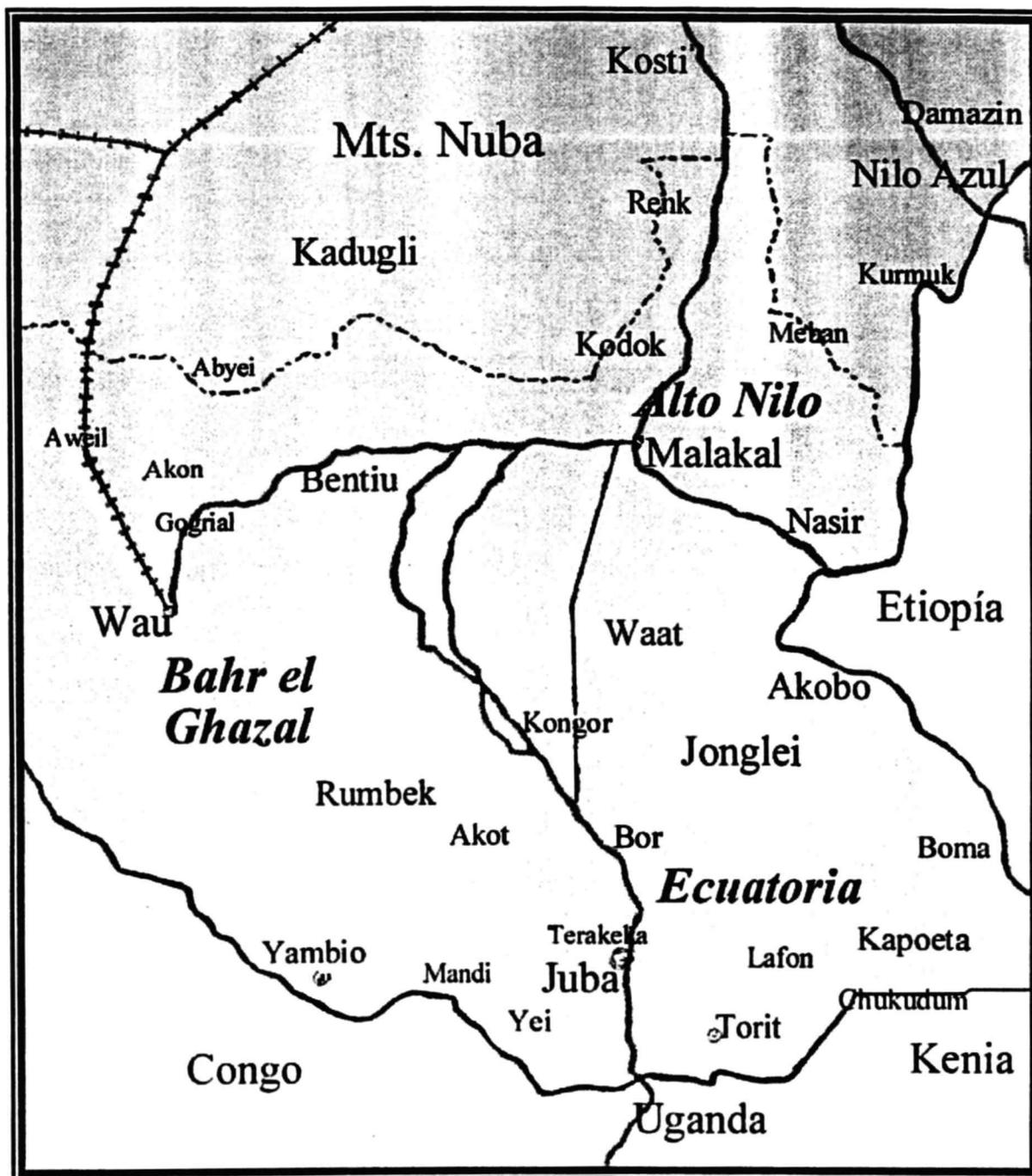
En el tercer capítulo se estudia la ayuda alimentaria, en particular la Operación *Lifeline* Sudán. Debido a su extensión, la asistencia humanitaria tiene un impacto cada vez mayor en las estructuras sociales y políticas del país. A pesar de que un principio básico de la ayuda es su carácter apolítico, en realidad este fenómeno no ha podido escapar de la lucha por el poder. El régimen de Jartum y las fuerzas rebeldes del sur compiten por manipular la ayuda a favor de sus propios intereses, en un intento por consolidar sus posiciones de dominio.

Al mismo tiempo, la asistencia ha implicado una pérdida del poder de la población sudanesa en general, y en particular de las comunidades afectadas por el hambre. Al privilegiarse la ayuda humanitaria, las estrategias generadas por las propias comunidades se debilitan frente a una respuesta proveniente del exterior. Esta situación se refuerza por medio de la rendición de cuentas a las agencias internacionales y los países que donan la ayuda, y no a los sudaneses. De esta manera, la asistencia humanitaria ha contribuido a consolidar las desigualdades existentes en la sociedad sudanesa.

Mapa 4
Mapa general de Sudán



Mapa 5
El sur de Sudán



I. Antecedentes históricos

Sudán antes de la independencia: el “desarrollo separado”

La guerra en Sudán está ligada de manera indisoluble al proceso de formación del Estado sudanés. Durante ese proceso se consolidaron relaciones de poder que han marcado los nexos entre la parte norte y sur del país y que persisten hasta hoy.

Un elemento que tuvo gran influencia en el desarrollo del Estado fue la religión. A lo largo de los siglos, el Islam propició la creación de estructuras particulares de estratificación y discriminación en las relaciones entre el norte y el sur. La religión musulmana penetró al territorio del actual Sudán desde el siglo VII, fundamentalmente a través de contactos comerciales. Los grupos arabizados lograron una posición privilegiada en la sociedad sudanesa gracias a la riqueza obtenida por medio de sus actividades económicas. La islamización alcanzó un primer momento culminante a principios del siglo XVI, cuando el sultanato Funj se convirtió en la fuerza política predominante de la región. Más tarde, adquirió un nuevo carácter con la irrupción del régimen turco-egipcio y con la posterior revuelta mahdista.

Como señala Peter Woodward, “a diferencia de la mayor parte del resto de África, la creación de un Estado bajo el dominio británico en Sudán no fue la primera experiencia estatal dentro de esas fronteras”¹. De forma significativa, las dos experiencias fundamentales de Estado anteriores al régimen colonial británico (la invasión turco-egipcia y el régimen mahdista) estén vinculadas directamente con el Islam.

En 1820, Sudán fue invadido por un ejército proveniente de Egipto, país gobernado entonces por Muhammad Ali. En menos de un año las tropas lograron conquistar la mayor

¹ Peter Woodward, *Sudan 1898-1989. The unstable State*, p. 13

parte del actual territorio sudanés. Egipto se encontraba formalmente bajo dominio turco. Por lo tanto, este periodo se conoce como el régimen turco-egipcio, o *Turkiyya*. Esta etapa dejó una huella indeleble en muchos aspectos de la vida del país. Entre otras peculiaridades, la ortodoxia del Islam adquirió un lugar sobresaliente. Asimismo, durante este período fue introducida la *sharia* o ley islámica, antes irrelevante en la zona, y cuya aplicación continuaría en etapas posteriores.

El régimen turco-egipcio trató de extender su dominio político y militar a la región sur. De esta manera los nuevos invasores se distinguieron de los traficantes que antes operaban en esa región, quienes se limitaban a capturar esclavos. En realidad, los egipcios no pudieron ejercer un control efectivo sobre el sur, aunque consiguieron dar un carácter más oficial a la explotación, esclavista. Con la apertura de la zona de Bahr el Ghazal, el comercio de esclavos se consolidó y adquirió mayores dimensiones en este período. El más poderoso de los traficantes de la época, Zubeyr Rahma Mansour, logró controlar y expandir las rutas de esclavos en Bahr el Ghazal, Darfur y Kordofán. Su poder creció de tal forma que el *jedive* Ismael de Egipto lo designó gobernador de Bahr el Ghazal en 1873.

El uso de los territorios del sur como lugar de caza de esclavos influyó poderosamente en la conformación de la identidad de los habitantes de la zona. Francis Deng afirma que el enfrentamiento con los traficantes “propició en la gente del sur una arraigada sospecha y el odio hacia cualquier extranjero venido del norte: veían a todos estos como invasores y explotadores”². Este fenómeno ha perdurado a través del tiempo y ha dejado secuelas importantes.

En los últimos años del período turco-egipcio, el régimen fue afectado por la presión internacional. Oficialmente, el *jedive* Ismael se mostró muchas veces como opositor al

² Francis M. Deng. *War of visions*, p. 71

tráfico de esclavos. Incluso, declaró que ese comercio quedaría suprimido en 1880, lo cual provocó una gran oposición en ciertos círculos. El descontento aumentó con la política de nombrar europeos en el gobierno. El más famoso de ellos fue el inglés Charles George Gordon. En 1874, este personaje fue designado por el *jedive* gobernador de Ecuatoria, y en 1877 se convirtió en gobernador general de Sudán. Su misión era combatir la esclavitud, pero no tuvo éxito.

Si bien Gordon gozaba de gran prestigio en Europa, no sucedía lo mismo en Sudán. Ahí existía una inconformidad generalizada en contra del régimen turco-egipcio. La administración egipcia había causado la devastación general, tanto en el norte como en el Sur. En el norte, la población musulmana criticaba la escasa moralidad y el poco apego a los principios musulmanes por parte de los oficiales de la *Turkiyya*. En el sur, la gente rechazaba la explotación a la cual era sometida y, sobre todo, la sangría provocada por el comercio de esclavos.

En este contexto surgió el mahdismo. El mahdi de Sudán no fue el único en la historia, pero sí es el más conocido en el mundo occidental gracias al enorme éxito del movimiento que encabezó. Los sudaneses creían que al final de los siglos aparecería un Salvador (*Mahdi*) para establecer la justicia en este mundo. En 1881, Muhammed Ahmad ibn Abdallah se levantó en contra del régimen. Ibn Abdallah se presentó como el esperado Mahdi. Su movimiento ganó muchos adeptos y consiguió simpatías incluso en el sur del país. El Mahdi logró numerosas victorias militares y conquistó la capital, Jartum. Tras su muerte, el régimen se prolongó gracias a su sucesor, el califa Abdallahi. La revuelta del Mahdi tuvo un efecto contradictorio en el país. “Por una parte, le dio a la nación una visión común contra el gobierno extranjero y ofreció la posibilidad de independencia; por el otro lado,

generó divisiones internas, conflictos intertribales y una agitación general con los que el país sufrió mucho y de los cuales nunca se recuperó totalmente”³.

Sin embargo, el régimen mahdista no desapareció por el descontento interno, sino debido a la intervención de potencias extranjeras. En 1896 una fuerza anglo-egipcia se internó en Sudán para destruir al régimen mahdista, con el pretexto de devolver a Egipto ese territorio. Las operaciones finalizarían en 1898 con la victoria anglo-egipcia. A continuación los británicos buscaron un medio para controlar el territorio sudanés haciendo que los egipcios asumieran la mayor parte del costo, y sin afectar abiertamente las pretensiones de Egipto, que continuaba considerando como suyo el territorio sudanés. Así se llegó a una fórmula única en la historia colonial: el Condominio Anglo-egipcio. Este régimen consistía en que tanto Egipto como Gran Bretaña controlarían formalmente a Sudán. El gobernador general sería designado por el *jedive* egipcio, por recomendación británica. Sin embargo, en la práctica la región quedó bajo control británico.

Luego de la creación del Condominio, Gran Bretaña desplegó una política con la cual procuraba un desarrollo diferenciado entre el norte y el sur de Sudán. Se fue gestando así una separación entre ambas esferas, una “árabe e islámica que se extiende por el Nilo, la otra (...) que avanza hacia el centro de África desde el este y el oeste”⁴. La primera distinción fue hecha en el ámbito religioso. En el norte, las autoridades británicas fueron muy cuidadosas con el Islam, a causa del temor a una nueva revuelta inspirada en el movimiento mahdista. Por ello, el régimen colonial permitió el desarrollo de las prácticas islámicas y favoreció la aplicación de la *sharia*. En cambio, en el sur se fomentó la expansión del cristianismo.

³ F. M. Deng, *War of visions*, p. 51

⁴ Palabras de Sir George Schuster, citadas por Woodward, *Sudan, 1898-1989*, p. 47

Desde el punto de vista de la administración, los británicos buscaron la colaboración de las élites locales a través del gobierno indirecto. De esta forma se fue haciendo más marcada la diferencia entre el norte y el sur. En el norte se apoyó a líderes musulmanes, generalmente miembros de una élite educada. En el resto del país se instauró la llamada Política del Sur (*Southern Policy*). De acuerdo con algunos autores, esta política tenía como objetivo último separar al norte y al sur, para poder unir al sur en algún momento a una colonia de África Oriental⁵. La *Southern Policy* incluyó medidas como la exclusión del sur del país de los egipcios y los grupos arabizados, la enseñanza de las lenguas locales, el uso del inglés en lugar del árabe como *lingua franca*, el retorno a los usos y costumbres tradicionales y la severa restricción de los desplazamientos del norte hacia el sur.

Finalmente, en el ámbito económico, el desarrollo se concentró en la parte norte del país. Ahí se fomentó la expansión del comercio y las actividades agrícolas. En el norte se creó el exitoso esquema algodonero de Gezira. En el sur, en cambio, hubo pocos intentos de este tipo y siempre fueron de envergadura más modesta. Al momento de la independencia, la región sur se encontraba en clara desventaja frente al norte de país, confirmada por los términos en que se negoció la independencia. No es de extrañar, entonces, que las revueltas en el sur hayan comenzado incluso antes de la declaración formal de independencia.

⁵ F. M. Deng, *War of visions*, p. 10

La primera etapa de la guerra civil

Sudán obtuvo su independencia el 1 de enero de 1956, después de un proceso gradual de transferencia del gobierno de las autoridades del Condominio a manos sudanesas. Las primeras elecciones parlamentarias se efectuaron en 1953⁶ y en enero de 1954 comenzó a funcionar el parlamento. Desde entonces quedó muy claro el predominio del norte: el gobierno, encabezado por el Primer Ministro Ismail al Azhari, se componía de manera casi exclusiva por políticos del norte.

En febrero de 1954 se formó un Comité de Sudanización con el objetivo de acelerar la transferencia de la administración a manos sudanesas. Pero de unos ochocientos puestos sudanizados, sólo seis fueron otorgados a personas provenientes del sur. Esta exclusión generó gran resentimiento y desconfianza ante el gobierno dominado por el norte.

El descontento condujo finalmente a algunos estallidos violentos. El más importante comenzó el 18 de agosto de 1955 en Torit, Ecuatoria. La segunda compañía del *Southern Corps* (fracción Sur del ejército sudanés) se amotinó y atacó a oficiales del ejército, a comerciantes pertenecientes a grupos arabizados y sus familias. El ejército llegó a Torit el 30 de agosto, pero encontró deshabitada la zona: la mayor parte de los amotinados había huido a la selva. De esta forma, cuando en enero de 1956 se declaró formalmente la independencia, el país ya estaba dividido internamente. Esta división se acentuaría con el tiempo.

Las desigualdades políticas eran reforzadas por el desequilibrio en el terreno económico. Después de la independencia, la actividad económica siguió concentrándose en

⁶ En las primeras elecciones participaron partidos políticos fuertemente relacionados con el Islam, cuyos orígenes se remontan al siglo XIX y que continúan hasta nuestros días en la escena política. El Partido de la Umma abriga a los Ansar, es decir, al movimiento neomahdista encabezado por los descendientes del Mahdi. Otro movimiento importante es el de otra gran cofradía históricamente opuesta a los Ansar: la Jatmiyya, liderada por la familia al-Mirghani y representada en el Partido Unionista Democrático (PUD).

la capital y en el área del Nilo, siempre favorecidas en términos de inversión tanto pública como privada. Las comunicaciones y los servicios médicos y sociales también se concentraban en esas zonas. En cambio, en gran parte de la región occidental y sobre todo en el sur, la actividad económica era muy limitada. Esto también aumentó el resentimiento de la población del sur en contra de la élite en el poder.

El descontento contra el gobierno se extendió también en el norte, donde comenzaba a notarse el deterioro de la situación. Tan sólo dos años después de la independencia muchos sectores daban muestras de desilusión respecto de la forma de democracia liberal que se había puesto en práctica. El 17 de noviembre de 1958, un grupo de oficiales militares encabezados por el General Ibrahim Abbud tomó el poder. De esta forma finalizaba el primer experimento democrático de Sudán. El nuevo gobierno militar redujo las libertades públicas, declaró el estado de emergencia, disolvió los partidos y sindicatos y puso a la prensa bajo control gubernamental.

Pese a todo, el nuevo régimen obtuvo en un principio cierta aceptación popular, basada simplemente en “la bancarrota política del sistema parlamentario”⁷ que le había precedido. Sin embargo, con el tiempo el gobierno militar fue incapaz no sólo de resolver las dificultades económicas y políticas básicas, sino también de ofrecer estabilidad interna. Uno de los mayores problemas era la situación en el sur. Como sus antecesores, el gobierno de Abbud mantenía una política de asimilación del sur al núcleo dominante árabe e islámico, utilizando toda la fuerza de un régimen militar. En este periodo se impusieron medidas de corte islámico, como la implantación del viernes como día de descanso en lugar del domingo y el cierre de las instalaciones dependientes de las misiones cristianas.

⁷ Holt. *The history of the Sudan*, p. 181

La población del sur respondió de distintas formas: con huelgas y manifestaciones, mediante la organización política y con acciones militares. En el plano político, en 1960 varios líderes en el exilio fundaron en Léopoldville (actual Kinshasa) la *Sudan African National Union* (SANU). Su objetivos eran sensibilizar a la opinión pública internacional sobre el problema del sur de Sudán y organizar la lucha contra el régimen de Jartum.

En el aspecto militar, en esa etapa estalló abiertamente la guerra. En realidad, los sobrevivientes del motín de Torit de 1955 no se habían desmovilizado por completo. Sin embargo, hasta septiembre de 1963 no emprendieron ninguna operación contra el ejército y se contentaban con existir y acumular algunas armas arrebatadas sobre todo a las fuerzas policíacas. Se iban organizando paulatinamente grupos militares que obtenían nuevos reclutas a medida que las políticas del gobierno se endurecían. A estos rebeldes se les conoció con el nombre de Anya Nya.

Entre 1962 y 1963 la guerrilla pasó a la ofensiva y comenzó a atacar objetivos militares, primero en Ecuatoria y luego en el Alto Nilo y Bahr el Ghazal. En septiembre de 1962, la guerrilla atacó el puesto de policía de Kajo-Kaji, cerca de la frontera con Uganda; en diciembre fue asaltado el puesto de Pochala, próximo a Etiopía. El 11 de enero de 1964, un grupo más importante intentó tomar la ciudad de Wau, pero no lo consiguió. Si bien este fracaso mostró el límite de los medios militares del movimiento Anya Nya, el conflicto en el sur se había convertido en una preocupación central para Jartum.

Mientras el conflicto se agudizaba y el gobierno se mostraba incapaz de responder de manera adecuada, el descontento popular crecía también. A la guerra en el sur se sumaban los problemas económicos y la crisis del país. Paulatinamente se fueron propagando las protestas populares, las manifestaciones estudiantiles y las huelgas. Estos movimientos culminaron en octubre de 1964, cuando se realizó en la Universidad de Jartum una reunión

pública para analizar la crisis en el sur. La reunión desembocó en la llamada Revolución de Octubre, una insurrección popular que obligó a Abbud a dejar el poder. Se estableció un gobierno de transición, encabezado por Sir al Jatim al Jalifa.

La Revolución de Octubre había generado grandes expectativas entre la población. El nuevo régimen trató de adoptar una actitud más conciliatoria con el sur. En marzo de 1965 se celebró en Jartum la Conferencia de la Mesa Redonda. En el evento se reunieron representantes de los partidos políticos más importantes, del SANU y otros prominentes líderes tanto del norte como del sur, para buscar posibles soluciones para la guerra. Finalmente, no se alcanzó ningún acuerdo y el único resultado real de la conferencia fue la división de los representantes del sur.

Casi al mismo tiempo se realizaron las elecciones. Con ellas se confirmó una vez más que la élite del norte seguía controlando el gobierno. Mientras tanto, las poblaciones del sur continuaban marginadas en la toma de decisiones. Se formó una coalición encabezada por el Primer Ministro Muhamad Ahmad Mahgub. El antiguo primer ministro al-Azhari encabezaba un comité que actuaba como jefe de Estado colectivo. En el sur, una veintena de comerciantes pertenecientes a grupos arabizados fueron proclamados diputados, con la anuencia de la Suprema Corte.

El nuevo gobierno central endureció su política contra las fuerzas rebeldes en el sur. Con ello sólo logró avivar el descontento y extender la violencia. El movimiento Anya Nya se había fortalecido con armas obtenidas por la guerra en el Congo. Sin embargo, su eficacia quedó limitada por las divisiones étnicas en el movimiento, la falta de experiencia de los líderes y las ambiciones de los políticos locales. Las fuerzas rebeldes estaban muy fragmentadas y proliferaron grupos opuestos. Entre ellos, el único que consiguió apoyo exterior y una base militar viable fue el *Sudan Liberation Movement* (SSLM) al mando de

Joseph Lagu. "En menos de un año, gracias a las armas israelíes y a su resolución, Joseph Lagu había logrado la unidad del movimiento combatiente del sur"⁸.

Mientras esto ocurría en el sur, en el norte el gobierno también enfrentaba graves problemas. La coalición gobernante sufrió varias divisiones y el Primer Ministro Mahgub renunció en julio de 1966 (aunque posteriormente regresó al poder). Esta situación, junto con la violencia creciente en el sur, significó que el gobierno no pudo sostenerse por mucho tiempo. Desgarrado y tras perder toda credibilidad, fue depuesto en mayo de 1969 por un golpe de Estado dirigido por el general Jafar al Numeiri.

Durante sus primeros años de gobierno, Numeiri impuso políticas radicales de corte socialista, incluyendo una serie de expropiaciones y nacionalizaciones. Se estableció el sistema de partido único, con la formación de la Unión Socialista de Sudán (USS), la oposición fue suprimida y los líderes de los partidos tradicionales se vieron obligados a exiliarse. En materia de política exterior, los hechos más destacados fueron el acercamiento hacia la Unión Soviética y una fuerte tendencia pro-nasserista y panarabista. Esto causó la preocupación del gobierno de Israel, el cual trató de crear un contrapeso al gobierno árabe en Jartum apoyando a las guerrillas del sur de Sudán. Gérard Prunier sostiene que, por esta razón, una "ayuda israelí no despreciable comenzó a llegar al Sur de Sudán, en parte por Etiopía (...), pero aún más por Uganda, cuyo jefe de estado mayor, el general Idi Amin Dada, era un simpatizante de la causa sudista"⁹. Este sería un factor decisivo para la consolidación del SSLM de Joseph Lagu.

Como parte de sus políticas progresistas, el gobierno inició una estrategia de autonomía regional limitada. Se creó un Ministerio de Asuntos del Sur, el cual planteaba la

⁸ Gérard Prunier, "Le Sud Sudan depuis l'indépendance (1956-1989)", en Lavergne, *Le Soudan contemporain*, p. 397

⁹ Prunier, "Le Sud Sudan depuis l'indépendance...", p. 396

amnistía para los rebeldes arrepentidos, la formación de personal administrativo proveniente del sur del país y un programa de desarrollo económico para esa región. Aunque este intento no rindió frutos, sí permitió ver el inicio de una nueva actitud y disposición para tratar el problema del sur.

El Acuerdo de Addis Abeba y el fracaso de los intentos de paz

En la primera mitad de la década de 1970, el conflicto en el sur tomó un nuevo rumbo hasta desembocar en la firma de un acuerdo de paz. Este logro fue posible debido a la combinación de varios factores favorables, tanto en el ámbito interno como en el internacional.

En julio de 1971, mientras Numeiri estaba en el extranjero, un grupo de oficiales intentó dar un golpe de Estado. Este hecho causó un giro en las políticas gubernamentales. Los principales líderes del intento golpista fueron ejecutados. Esto provocó una severa condena soviética y la suspensión de la ayuda al gobierno de Sudán. Esto, además de suscitar el posterior acercamiento de Sudán hacia Estados Unidos, dificultó el sostenimiento de la campaña militar gubernamental en el sur. Además, el intento golpista mostró la relativa debilidad del gobierno de Numeiri, quien debió buscar nuevas bases institucionales. Por su parte, las fuerzas rebeldes del sur también enfrentaban problemas. Tras la llegada al poder de Idi Amin en Uganda, el SSLM se encontró en una posición difícil. Aunque el nuevo régimen militar ugandés simpatizaba con los grupos rebeldes del sur, se vio obligado a controlar la ayuda israelí a las guerrillas sudanesas a cambio de que Jartum retirara de la frontera a los simpatizantes del depuesto Milton Obote, quienes habían entrado a Sudán después del golpe.

En palabras de Woodward, tanto Numeiri como Lagu “calcularon aproximadamente al mismo tiempo que la paz convenía a sus intereses personales”¹⁰ y entablaron negociaciones en Addis Abeba. Como resultado de este encuentro, el 27 de febrero de 1972 la delegación gubernamental y la del SSLM firmaron el *Acuerdo de Addis Abeba*, que el 3 de marzo de 1972 se convertiría en la *Ley de Autogobierno Regional de las Provincias del Sur* y, en 1973, se incorporó en la primera Constitución permanente del país.

En esencia, el Acuerdo de Addis Abeba concretaba una serie de compromisos que ofrecían al sur los suficientes poderes regionales para lograr la pacificación, al tiempo que creaban lazos con el resto del país para garantizar la existencia de Sudán como unidad. En palabras de Gérard Prunier, se trataba de un documento “sucinto pero radical (...) a la misma distancia del Estado unitario defendido por el norte desde 1952 y de la secesión por la que había luchado el sur”¹¹.

Uno de los puntos centrales del acuerdo era la creación de un Alto Consejo Ejecutivo para las provincias del sur y de una Asamblea Regional Popular, con capacidad para elaborar leyes sobre asuntos regionales. Por vez primera, el sur (convertido en una entidad unificada) contaría oficialmente con instituciones propias para resolver sus propios asuntos. Si bien las fuerzas armadas no se iban a regionalizar, la guerrilla se integraría al ejército nacional para crear una fuerza conjunta norte-sur. Además, se garantizaba la igualdad de derechos para todos los sudaneses, sin distinción de origen, lengua o religión.

Este escenario no duró mucho tiempo. Pronto comenzaron a surgir problemas que permitirían ver la fragilidad real de la paz. En el sur, las expectativas eran altas pero la situación era muy difícil. Históricamente explotada y menospreciada, la región debía

¹⁰ Woodward, *Sudan 1898- 1989*, p. 143

¹¹ Prunier, “Le Sud Sudan depuis l’indépendance...”, p. 400

enfrentar el estancamiento económico y la devastación causada por la guerra, desde una posición de desventaja frente a la élite del norte. El campo estaba abandonado, las escasas industrias habían dejado de funcionar total o parcialmente, los caminos habían sido destruidos, los medios de transporte y comunicación eran muy limitados, los hospitales se hallaban en ruinas y no contaban con personal ni con medicinas. el 95% de los niños no asistía a la escuela y cerca del 90% de la población no sabía leer ni escribir. Además, las ciudades habían crecido enormemente, puesto que mucha gente se trasladaba a ellas por considerarlas más seguras que las áreas rurales. Por ejemplo, Juba pasó de 10 000 habitantes en el momento de la independencia a 80000 en esta época, y Torit creció de 3 000 a 12 000.¹² Todo lo anterior se combinaba con un grave problema de refugiados, ya que muchos huían del país y otros tantos llegaban de áreas vecinas.

Por todas estas razones, el sur continuó dependiendo en gran medida de los recursos del gobierno central o de la ayuda exterior. Woodward califica la situación posterior al Acuerdo de Addis Abeba como “regionalismo dependiente”¹³. En los hechos, esto obstaculizaba las posibilidades de una auténtica autonomía en el sur. En esta etapa se plantearon algunos proyectos, como la creación de una fábrica azucarera en Melut o de plantaciones de té en Ecuatoria. Sin embargo, ninguno cristalizó, debido a la falta de apoyo. En realidad, el gran proyecto ideado para el sur fue el Canal de Jonglei, destinado a aprovechar el agua de la zona pantanosa, el *Sudd*, en beneficio del norte del país y de Egipto, y a expensas de los ganaderos locales.

Para poner en marcha los distintos proyectos, muchas veces se recurría a la ayuda internacional, a través de organizaciones tan diversas como el Consejo Mundial de Iglesias.

¹² Datos proporcionados por G. Prunier, “Le Sud Sudan depuis l’indépendance...”, p. 401

¹³ Woodward, *Sudan 1898-1989*, p. 143

el Programa Mundial de Alimentos o el grupo alemán GTZ. Mucho de lo que le correspondía hacer al gobierno en realidad era emprendido por estos organismos. A través de ellos se manejaban en la región sumas que, aunque modestas, el gobierno de Jartum nunca igualaría. Prunier señala, por ejemplo, que “un chofer del GTZ ganaba más que un jefe de servicio en un ministerio de Juba”¹⁴.

La influencia económica del extranjero no sólo se ejerció a través de las organizaciones de carácter altruista. Numeiri dio un giro en el terreno político y económico después del intento golpista de 1971. Así, dejó de lado las políticas radicales de los primeros años. Revocó la mayor parte de las expropiaciones, emprendió una política de desnacionalización y trató de fomentar la inversión extranjera. Finalmente, ante la escasez de recursos, el gobierno de Jartum buscó nuevas fuentes de financiamiento. Numeiri recurrió al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Mundial (BM) y adoptó sus políticas: recortes en el gasto gubernamental, principalmente a través de la desaparición de subsidios a productos básicos, así como la liberalización de los mercados interno y externo. La aplicación de estas políticas creó un círculo vicioso y el problema de la deuda llevó al país al borde de la bancarrota. Con todas estas acciones, poco a poco “el Estado se hacía más dependiente de estímulos internacionales de varios tipos”¹⁵.

Como parte de la nueva dinámica económica, se desarrolló un creciente acercamiento hacia el mundo árabe, en detrimento las poblaciones del sur del país. En esta época se incrementó la migración de trabajadores sudaneses hacia los países árabes productores de petróleo. Las remesas de los migrantes se convirtieron en gran medida en el sustento de la economía sudanesa. Al mismo tiempo, cobró fuerza el intento de convertir a Sudán en “el

¹⁴ Prunier. “Le Sud Sudan depuis l’indépendance...”. p. 405

¹⁵ Woodward. *Sudan 1898-1989*, p. 179

granero del mundo árabe”¹⁶, lo cual implicaba la introducción de capital árabe. Finalmente, se consolidaron los bancos islámicos, como el Banco Islámico Faisal, que constituirían una importante base de apoyo para los políticos musulmanes radicales.

Los cambios económicos estuvieron acompañados por transformaciones en el terreno político. El tema de la religión pronto volvió a surgir como un problema fundamental para el país. El secularismo que Numeiri había defendido en un principio desapareció y el régimen dio un giro hacia el Islam. En 1977 inició la “Reconciliación Nacional”, es decir, el acercamiento entre Numeiri y los partidos tradicionales, fuertemente reprimidos en los primeros años del régimen. La Hermandad Musulmana¹⁷, bajo el liderazgo de Hassan al-Turabi, supo aprovechar el momento y empezó a consolidarse como uno de los actores decisivos de la política sudanesa.

La situación se complicó aún más cuando en 1978 la compañía Chevron descubrió petróleo en Bentiu, en el sur de Sudán. En las difíciles condiciones económicas del país, la perspectiva de explotación petrolera suscitaba las esperanzas y la codicia de diversos sectores. Naturalmente, los políticos del norte no mostraron ninguna intención de compartir los beneficios del petróleo con los habitantes de la región donde se había descubierto este recurso. El gobierno pretendió primero instalar una refinería en Kosti, en la zona norte del país, y más tarde decidió exportar en forma directa el crudo, a través un oleoducto hasta Puerto Sudán. Esto implicaba que ni una mínima parte de los recursos generados por la explotación petrolera se destinaría al sur (*Mapa 6*).

¹⁶ *Idem.* p. 176

¹⁷ La Hermandad Musulmana es un grupo constituido en Egipto en 1928 y que se caracteriza por una ideología islámica de carácter fundamentalista. Ha estado activa en Sudán desde finales de la década de 1940. A lo largo de su historia en este país ha agrupado fundamentalmente a universitarios y a la élite intelectual. Su brazo político es el Frente Islámico Nacional, que incluye a otras pequeños grupos islámicos.

Los planes de explotación del petróleo contribuyeron a impulsar la idea gubernamental de redividir el sur en las antiguas provincias de Bahr el-Ghazal, Ecuatoria y Alto Nilo. Esta posibilidad ya había sido considerada desde tiempo atrás por ciertos sectores del sur. En términos generales, los grupos étnicos más pequeños veían en la redivisión una garantía para no ser absorbidos por los grupos más grandes. De cualquier forma, este tema fue un elemento fundamental en el reinicio de los enfrentamientos armados entre el gobierno y rebeldes del sur.

El otro elemento fundamental para el resurgimiento de la guerra fue la adopción oficial de la *sharia* en 1983. Este hecho representó la culminación del retorno al Islam como asunto político. En distintas ocasiones se argumentó que la *sharia* no necesariamente afectaría en forma directa la población del sur. Sin embargo, su implantación constituía un acto de innegable valor simbólico y atentaba en contra del espíritu del Acuerdo de Addis Abeba.

La segunda etapa de la guerra civil

Los cambios en la política de Jartum llevaron a la terminación del período de paz logrado por el Acuerdo de Addis Abeba. En los primeros años de la década de 1980 inició una nueva etapa de la guerra civil. En esta ocasión surgieron grupos armados mucho más numerosos y más politizados que la guerrilla Anya Nya de la primera fase de la guerra civil.

En Addis Abeba surgió un movimiento bajo la dirección del coronel John Garang¹⁸ y de los lugartenientes Kerubino Kuanyn Bol y William Nyuon. Este movimiento fue conocido como el *Sudan Peoples Liberation Movement* (SPLM) y contaba con un brazo militar que con el tiempo adquiriría una enorme relevancia en la guerra: el *Sudan Peoples Liberation Army* (SPLA). El SPLM/SPLA se dio a conocer a través de un *Manifiesto* (31 de julio de 1983) y de un *Llamado al pueblo sudanés* (3 de marzo de 1984). En estos documentos quedaron establecidos los lineamientos principales para la acción del SPLM y el SPLA.

En general, el SPLM/SPLA se preocupó por dejar claro que no se trataba de una lucha de razas ni de una guerra religiosa, sino de un movimiento de corte anticolonialista que defendía los intereses de los grupos del sur, pero en el marco de una lucha tendiente a transformar a Sudán en su conjunto. De acuerdo con los rebeldes, “si bien «la opresión de Jartum había pesado más en el sur que sobre las otras partes del país», el resto de Sudán también había sufrido”. Por ello condenaban las “«tendencias» separatistas y afirmaban querer «un Sudan unitario, socialista y donde se garantizaran los derechos de todas las nacionalidades, las creencias y religiones»”¹⁹.

En el terreno militar, el SPLA mostró en sus primeros años algunas características muy peculiares y consiguió avances considerables. Por ejemplo, la organización *African Rights* afirma que

“el SPLA fue un ejército guerrillero inusual en el sentido de que pudo sin dificultad sobrepasar en número a sus oponentes en el campo. Hasta 1989 las Fuerzas Armadas de Sudán ascendían a alrededor de 65 000 efectivos, de los cuales no más de la mitad podía desplegarse en las zonas de guerra (...) Hacia 1989, más de 70 000 miembros del SPLA se graduaron en los campos de entrenamiento en Etiopía. Las fuerzas del SPLA eran más numerosas, estaban

¹⁸ Durante la primera etapa de la guerra civil, Garang había sido miembro de las fuerzas Anya Nya y tras el Acuerdo de Addis Abeba se incorporó al ejército federal. Trabajó principalmente en el área académica y de investigación de las fuerzas armadas, por lo cual no contaba en realidad con mucha experiencia militar, aunque tenía el rango más alto entre los primeros líderes del SPLA.

¹⁹ Citado por Prunier, “Le Sud Sudan depuis l’indépendance...”, p. 418.

mejor armadas, a menudo mejor entrenadas, y tenían una estructura de comando más formal que muchas de las fuerzas pro-gubernamentales contra las que combatían”²⁰.

Es importante destacar dos aspectos. En primer lugar, es necesario señalar la influencia que ha tenido el factor internacional en el desarrollo del conflicto. Durante esta etapa, la relación del SPLA con Etiopía resultó fundamental. Apoyada por la Unión Soviética, Etiopía ofreció a los rebeldes entrenamiento y armas. Incluso, el gobierno etíope permitió que el SPLA operara en varios puntos de su territorio. En especial, el SPLA utilizó los campos de refugiados sudaneses establecidos en Etiopía como bases de entrenamiento y como fuente de recursos.²¹

En segundo término, es importante destacar una característica del desarrollo de las fuerzas armadas favorables al gobierno. Desde esa época y hasta nuestros días, una gran parte de las fuerzas que combatían a favor del gobierno sudanés no pertenecían propiamente al ejército, sino que se componía de milicias opuestas al SPLA y apoyadas por el gobierno de Jartum. Entre ellas destacaban el movimiento Anya Nya II y también las milicias *murahalin*²².

A pesar de la férrea persecución por parte del gobierno, el SPLA mostró desde su nacimiento una considerable fuerza militar y logró imponer su supremacía en las provincias del sur. En gran medida, esto fue facilitado por la capacidad armamentista del movimiento, el apoyo exterior que consiguió, la existencia de una directiva altamente centralizada en su primera etapa, el entrenamiento militar de sus integrantes y la “mano dura” practicada por

²⁰ African Rights, *Food and power in Sudan*, p. 62

²¹ Detalles al respecto se encuentran en African Rights, *Food and power in Sudan*, pp. 64-80

²² El movimiento Anya Nya II fue fundado por Samuel Gaitut, un disidente del SPLA, quien aprovechó el apoyo armamentístico del gobierno central para mantener una política contraria al grupo de Garang. En gran medida, esta política tenía tintes étnicos, puesto que trataba de capitalizar la oposición nuer en contra de los dinka. A la larga el movimiento fue derrotado por el SPLA. Por su parte, las *murahalin* son milicias de origen baggara apoyadas por el gobierno de Jartum y que se dedican al saqueo y el pillaje entre la población civil del sur del país, principalmente entre los dinka.

Garang. A partir del reinicio de la guerra en 1983 se registraron movimientos masivos de refugiados, quienes se concentraban generalmente en campos cercanos a las fronteras. Estos campos sirvieron muchas veces como bases de entrenamiento y operación para la guerrilla, con la anuencia e incluso el apoyo del gobierno huésped, como ocurrió en Etiopía.

A lo largo de su historia, el SPLA ha recibido, al igual que el gobierno de Jartum, numerosas acusaciones de abusos y violaciones a los derechos humanos. Elaine Hutchinson sostiene, por ejemplo, que “durante los ochenta, los campos de entrenamiento eran manejados más como campos de concentración”, además de que a los reclutas “se les enseñaba a glorificar el poder desnudo de las armas y a aceptar los poderes de vida y muerte ejercidos por sus superiores militares”²³.

En febrero de 1984 el SPLA asestó dos duros golpes que buscaban paralizar las actividades económicas de las compañías extranjeras en territorio del sur: atacó las instalaciones de Chevron y secuestró a cuatro empleados de la compañía *Grands Travaux de Marseille* que laboraban en la excavación del canal de Jonglei. Estos hechos obligaron a la interrupción temporal de las actividades.

Mientras la guerra se extendía en el sur, en el norte crecía el descontento a causa de la gran corrupción y el fracaso económico del régimen de Numeiri. El descontento se agudizó de manera notable a causa de la hambruna que en ese tiempo afectó al país. El presidente declaró el estado de emergencia e impuso la ley marcial, pero no obtuvo el resultado deseado. En distintos lugares estallaron disturbios y demostraciones del descontento popular, como huelgas y manifestaciones reprimidas con gran dureza. Estos movimientos alcanzaron su clímax en marzo de 1985, cuando el gobierno anunció la desaparición de los subsidios a

²³ Sharon E. Hutchinson. “A curse from God?...”, p. 313.

los alimentos básicos y al petróleo. Numeiri, quien ya había superado varios intentos golpistas a lo largo de su gobierno, fue depuesto el 6 de abril de 1985.

El general Abdul Rahman Swar al-Dahab tomó el control del país como cabeza del CMT (Consejo Militar de Transición). El nuevo gobierno disolvió la USS y arrestó a numerosos miembros del gobierno de Numeiri. Al mismo tiempo, liberó a prisioneros políticos, reintrodujo la libertad de prensa, permitió la reaparición de los partidos y restableció los subsidios a los alimentos. Finalmente, convocó a elecciones. En ellas, los partidos de orientación islámica fueron confirmados una vez más como el eje de la política sudanesa. Sadiq el-Mahdi se convirtió en Primer Ministro, El Frente Islámico Nacional (FIN), brazo político de la Hermandad Musulmana, consolidó su posición de poder bajo el liderazgo de Hassan al-Turabi.

“Desafortunadamente, los nuevos líderes no actuaron con suficiente responsabilidad para evitar las viejas prácticas (...) y fueron incapaces de crear (...) un sistema de gobierno y administración democráticamente viable”²⁴. El mejor ejemplo de ello fue la política hacia el sur. De manera reiterada, los políticos del norte rechazaron negociar efectivamente el problema de la aplicación de la *sharia*. El “moderado” Sadiq al-Mahdi “veía el futuro del sur como completamente arabizado e islamizado”²⁵. Por su parte, el extremista al-Turabi “rechazaba la protesta contra la *sharia* como algo que emanaba de Occidente (...) Desde su punto de vista, el Estado islámico en Sudán era una realidad basada en el apoyo popular. por lo cual aquellos que se le oponían solo podían ser fuerzas externas contra las cuales debía izarse la bandera de la *jihād*”²⁶. A su vez, el SPLA siempre consideró la abolición de la *sharia* como un requisito indispensable para lograr un arreglo político del conflicto. Por esta

²⁴ Kamal Osman Salih “The Sudan 1985-9: the fading democracy”, p. 202.

²⁵ Gabriel R. Warburg. “The sharia in Sudan: Implementation and repercussions, 1983-1989”, p. 636

²⁶ *Idem.* p. 636

razón, aunque en el norte muchos pensaban en un principio que el SPLA luchaba contra Numeiri o contra la dictadura, muy pronto quedó claro que esto era tan sólo una ilusión y la guerra continuó.

Este no era el único problema del país. Como sus antecesores, Sadiq al Mahdi tuvo que enfrentar serias dificultades económicas, sociales y políticas. En el terreno económico, la situación era tan mala que en febrero de 1986 el FMI declaró a Sudán inelegible para futuros préstamos. El gobierno se vio entonces forzado a sujetarse a los términos del organismo internacional para buscar un acuerdo. Se impusieron severas medidas de austeridad, entre ellas una devaluación e incrementos en los precios. Las medidas causaron gran descontento en una población que ya vivía en condiciones bastante desfavorables. Esto produjo protestas masivas en contra del gobierno y del FMI. La coalición gubernamental sufrió varias divisiones importantes.

Todo apuntaba hacia un nuevo golpe de Estado. Este ocurrió el 30 de junio de 1989. Sadiq al-Mahdi fue depuesto por el general Omar Hasan Ahmad al-Bashir, apoyado por Hasan al-Turabi y el FIN. El golpe fue seguido por una fuerte política represiva: se prohibieron los partidos, sindicatos y asociaciones. Aunque se pensó que el gobierno de Al-Bashir duraría poco, ha logrado mantenerse en el poder hasta hoy.

Desde un principio el régimen de al-Bashir ha sido acusado de cometer graves violaciones a los derechos humanos, entre las cuales se cuentan crímenes de guerra, "limpieza étnica", resurgimiento de la esclavitud y tortura en contra de los opositores. Ante el fuerte carácter represivo del gobierno del norte, la guerra en el sur fue escalando hasta llegar incluso a nuevos frentes en el este y el oeste del país, como las zonas de Gedaref y Kassala.

A pesar del agravamiento de las tensiones, el gobierno no se ha mostrado dispuesto a favorecer el desarrollo democrático. En realidad, el régimen de al-Bashir terminó por instaurar el programa del FIN, casi punto por punto. Incluso, este fue el único partido legítimamente reconocido.

El proyecto nacional que trata de imponer la élite musulmana en el poder busca consolidar a Sudán como un país islámico. Es un proyecto integral que abarca los más distintos niveles: político, social, económico, cultural.

En el discurso, la élite reconoce el carácter multicultural y plurirreligioso del país. Sin embargo, en los hechos ha subrayado la necesidad de formar una nueva identidad sudanesa, que tenga como eje al Islam, tanto en el nivel individual como en la sociedad en su conjunto. De acuerdo con esta perspectiva, sólo la injerencia externa ha podido detener el proceso histórico “natural” que habría llevado a la islamización total del país. Según el discurso del gobierno, esto es resultado de la actuación primero del gobierno colonial británico y en los últimos años de países como Estados Unidos. El actual régimen se ha otorgado a sí mismo el deber de “remediar” esta situación. Para lograrlo, fomenta una estrategia de islamización en distintos niveles.

Desde el punto de vista cultural, el régimen ha fomentado el fortalecimiento de la enseñanza de la fe musulmana, con especial atención en los jóvenes. Esto, con el fin de alcanzar una práctica religiosa renovada en el nivel individual, y que en el nivel social se expresará mediante la existencia de Sudán como un Estado islámico, caracterizada por la consolidación de una comunidad de creyentes, una *Umma*.

Un proyecto de este tipo requiere de acciones e instrumentos concretos para su aplicación. Entre los instrumentos más utilizados sobresale la represión. Esta se refleja en el notable desarrollo de los servicios de seguridad estatales. La represión contra quienes se

resisten al proyecto del gobierno sudanés ha tomado distintas formas. Por una parte, se observa en la exclusión de las fuerzas políticas opositoras. Incluso se ha intentado debilitar a las cofradías musulmanas en el norte del país. En el sur, la forma más desarrollada de esta represión es el ataque sistemático en contra de las comunidades no musulmanas.

Al tiempo que se busca desgastar las instituciones existentes, el régimen ha intentado construir nuevas formas de relaciones sociales. Se trata sobre todo de fomentar una sociabilidad islámica, de crear nuevos lazos sociales a través de instancias diversas. Para ello se ha impulsado la formación de numerosas asociaciones, movimientos y organizaciones no gubernamentales inspiradas en el Islam.

En el plano económico también se ha consolidado el ascenso de las élites musulmanas. Esto ha sido posible gracias a instituciones como los bancos islámicos y las sociedades islámicas de inversión. Se trata de un fenómeno profundamente ligado con el flujo de recursos provenientes de los países petroleros del Golfo Pérsico.

Este proyecto implica la marginación de los sectores que no se adecúan a los requerimientos de régimen. Por ello, se ha confirmado la exclusión de amplios sectores de la sociedad sudanesa. Como respuesta se organizó en el exilio (en Asmara) la Alianza Nacional Democrática (AND). Esta coalición incluyó alrededor de una docena de grupos, entre ellos los viejos partidos Umma y PUD. De manera significativa, también el SPLM se integró a la AND. Sin embargo, después de un tiempo este movimiento opositor fue controlado por los partidos tradicionales. Esto significó que incluso entre las fuerzas de oposición se mantuvieron patrones de dominio, relacionados con la religión y la cultura.

Con la exclusión de Hassan al Turabi del gobierno, el presidente al Bashir ha querido mostrar una mayor apertura y el aislamiento del sector islámico más radical. Sin embargo, en los hechos no han ocurrido cambios significativos en las políticas gubernamentales.

En 1991, la guerra adquirió una nueva dimensión cuando el SPLA se escindió. Tras ocho años de avances y retrocesos en el plano militar, el SPLA había logrado expulsar al ejército nacional de la mayor parte del territorio del sur. Pero entonces el movimiento se dividió en dos facciones contendientes, con una marcada orientación étnica: Riek Machar (de origen nuer) intentó junto con otros oficiales inconformes deponer a Garang (dinka), pero no tuvo éxito. Finalmente, los inconformes formarían la facción SPLA-Nasir (posteriormente denominado SPLA-Unido y más tarde transformado en SSIM²⁷). Este grupo manifestó su oposición al SPLA-Torit o SPLA-*Mainstream*, dirigido por Garang. Los desencuentros surgieron a causa del dominio y la “mano dura” que Garang había ejercido sobre el movimiento durante años. El conflicto entre ambas facciones derivó en la aparición de diversos grupos contrincantes y numerosos señores de la guerra.

La población civil, principalmente la rural, fue afectada por estos hechos, debido a que era el objetivo favorito de los combatientes. “No hubo nada modulado o controlado en la violencia de este periodo”²⁸, pero se trataba de justificarla equiparándola con los enfrentamientos entre población dinka y nuer que habían ocurrido periódicamente a lo largo de la historia. Sin embargo, la población civil percibió con claridad que estaban en juego nuevos elementos.

“Esta nueva forma de guerra transgredía todos los límites étnicos de la violencia que habían sido respetados por generaciones anteriores de líderes dinka y nuer (...) Mientras que antes (...) los combatientes dinka y nuer no mataban intencionalmente mujeres, niños o ancianos, estos segmentos vulnerables de la población se convirtieron en las víctimas principales” en esta nueva etapa del conflicto.²⁹

²⁷ El SPLA-Unido integró a oficiales de origen no nuer que habían sido encarcelados por Garang. Posteriormente, se convirtió en el *Southern Sudan Independence Movement* (SSIM), con el *Southern Sudan Independence Army* como brazo armado. El SSIM se convirtió oficialmente en parte de las *Southern Sudan Defense Forces* (SSDF), donde se agrupan las fuerzas armadas asociadas con el gobierno de Jartum.

²⁸ Sharon E. Hutchinson, “A curse from God?...”, p. 310

²⁹ Jok Madut Jok y Sharon Hutchinson, “Sudan’s prolonged second civil war...”, p. 131

El gobierno supo aprovechar las divisiones para desgastar al SPLA y a la población del sur. En varios momentos, distintos líderes buscaron un acercamiento hacia el régimen de Jartum, que aprovechaba esos intentos para buscar una nueva base de legitimidad y para manipular el conflicto en el sur de acuerdo con sus intereses. Incluso se firmaron algunos acuerdos entre los jefes de diferentes milicias y el gobierno central.

Recientemente Machar ha buscado la reconciliación con Garang³⁰. Sin embargo, los enfrentamientos interétnicos dejaron secuelas. La violencia surgida con la división étnica en el sur erosionó con rapidez la credibilidad de los distintos líderes de la región. Gran parte de la población comenzó a señalar que aquellos sólo buscaban defender sus intereses políticos y económicos personales. Surgió así una crisis de liderazgo.

En el norte también hay severos problemas de liderazgo. El gobierno de al-Bashir ha sido incapaz de activar una economía que pueda satisfacer las expectativas de la población. Por el contrario, el país enfrenta una severa crisis.

“Los problemas económicos y fiscales siguen aumentando. La migración rural a los centros urbanos se está acelerando (...) Después de los enormes incrementos en el gasto militar y el deterioro del sector agrícola, la corrupción está consumiendo el presupuesto restante (...) El desempleo entre los universitarios está por arriba del 70%, los préstamos para pequeños negocios son muy difíciles de asegurar, las medicinas y los servicios médicos son cada vez más caros o escasos, a los servidores públicos no se les ha pagado en algunas partes del país por meses, y algunas escuelas se han cerrado (...)”³¹

Ante el descontento generado por la crisis económica y la guerra, al-Bashir ha respondido con la represión. Esta actitud profundiza su falta de legitimidad entre la población. Sin embargo, la situación no ha sido aprovechada por los diversos grupos

³⁰ En enero del 2002, Garang y Machar firmaron un acuerdo por el cual será posible que Machar y sus seguidores se reintegren al SPLA, aunque la forma en que las posiciones políticas serán distribuidas aún no se establece con claridad, lo cual podría causar posteriores conflictos. Para más información se puede consultar la publicación del *International Crisis Group: Capturing the moment: Sudan's peace process in the balance*.

³¹ International Crisis Group. *Capturing the moment: Sudan's peace process in the balance*, p. 5

políticos opuestos al régimen. Estos tampoco han sabido responder de manera adecuada y continúan sumidos en los enfrentamientos faccionales.

La situación de Sudán es en extremo compleja debido a la problemática interna. Aunado a ello, existen diversos factores externos que han contribuido a prolongar la guerra. Distintos países han intervenido en el conflicto, ya sea apoyando o tratando de socavar a una u otra facción. Estos actores han actuado de acuerdo con sus propios intereses en temas como el acceso a los recursos naturales (agua, petróleo), disputas religiosas, preocupaciones estratégicas y el impacto de la guerra en los países vecinos. Esta situación ha constituido un obstáculo más para buscar soluciones al conflicto.

Uno de los actores internacionales con mayor injerencia en Sudán ha sido Estados Unidos. En la década de 1990, este país favoreció un discurso que buscaba el aislamiento del régimen de Jartum. El argumento utilizado es que el gobierno de Sudán viola los derechos humanos y permite la presencia de organizaciones terroristas en su territorio. Paradójicamente, una gran parte de la fuerza militar que ha permitido al gobierno de Sudán actuar de esta manera fue provista por los propios Estados Unidos. Durante las décadas de 1970 y 1980, el gobierno estadounidense consideraba a Sudán como parte fundamental de su estrategia de contención de la presencia soviética en el Cuerno de África. Por ello, este país se convirtió en uno de los mayores receptores de ayuda militar de Estados Unidos³².

Después del fin de la Guerra Fría, del golpe militar de al Bashir y del alejamiento de Washington con Jartum, Sudán ha buscado el apoyo militar y financiero a través de fuentes distintas. Así, el gobierno sudanés ha entablado crecientes contactos con países como China, Irán o Irak

³² De acuerdo con Human Rights Watch, los sucesivos gobiernos de Jartum recibieron a finales de la década de 1970 y durante la de 1980 cerca de mil millones de dólares en armas para combatir la influencia soviética. Human Rights Watch, "The civil war", en *Global trade, local impact*.

A través de su relación con China, Sudán ha podido obtener créditos internacionales y armamento, así como mercado para el petróleo. En la actualidad, más del 60% del consorcio *Greater Nile Petroleum Operating Corporation*, encargado de la explotación de este recurso en Sudán, está en manos de capitales provenientes de China y Malasia. Por esta razón, “China está preparada para defender sus inversiones ofreciendo apoyo militar a Jartum”³³ y se ha convertido desde mediados de la década de 1990 en uno de los principales proveedores de armas para el gobierno sudanés³⁴.

El gobierno sudanés ha recibido también apoyo militar de Irak, sobre todo en términos técnicos y de entrenamiento. Irán, por su parte, también ha proporcionado al gobierno de Jartum asistencia militar, desde la provisión de armas y financiamiento para comprarlas hasta el entrenamiento de las fuerzas armadas estatales y de las Fuerzas Populares de Defensa.

Algunos países de Europa han tenido también momentos de acercamiento con Jartum. Gran Bretaña, Austria, Alemania y Holanda han realizado inversiones en la industria petrolera sudanesa. Francia ha tenido una relación especialmente cercana con el gobierno sudanés, al cual ofreció incluso información satelital de inteligencia militar sobre las posiciones del SPLA. También han brindado al régimen sudanés entrenamiento militar y asistencia técnica. Asimismo, han apoyado al régimen para que negocie acuerdos con la República Democrática del Congo y la República Centroafricana, con el fin de lanzar ataques contra el SPLA.

Las relaciones de Sudán con sus vecinos son complicadas. Con Egipto, Sudán ha mantenido a lo largo de la historia una relación muy compleja, en la cual se han alternado

³³ ICG, *God, oil, country*, p. 68

³⁴ HRW, “Arms transfers to the government of Sudan”, en *Global trade, local impact*.

algunos periodos acercamiento y otros de alejamiento, dependiendo del momento histórico. Sin embargo, ha habido una constante a lo largo del tiempo: el interés del Cairo en mantener la integridad territorial sudanesa, para garantizar el acceso egipcio a las aguas del Nilo.

Otro país que ha jugado un papel importante en el conflicto sudanés es Etiopía. Durante la etapa de la Guerra Fría, Etiopía (apoyada por la Unión Soviética) fue clave para el desarrollo del SPLA, ya que ofrecía a las fuerzas rebeldes sudanesas asistencia, entrenamiento y armas. Sin embargo, la posición de Addis Abeba ha cambiado tras fin de la Guerra Fría y la caída del régimen de Mengistu Haile Mariam. La situación se ha modificado en particular a causa la guerra etíope-eritrea y del desarrollo petrolero de Sudán. Estos dos fenómenos han favorecido el acercamiento entre los gobiernos de Etiopía y Sudán, debido a que Addis Abeba requiere del petróleo y las instalaciones portuarias sudanesas, para sustituir las importaciones petroleras que antes se realizaban a través del puerto eritreo de Massawa. Como consecuencia de estas transformaciones, desde 1998 Etiopía no permite actividad militar de los grupos opositores sudaneses al norte del Nilo Azul. A cambio, Sudán ha cortado su apoyo al grupo guerrillero etíope Frente de Liberación Oromo.

Por su parte, Eritrea mantiene el apoyo a las fuerzas opositoras sudanesas. Esta cercanía obedece al potencial desestabilizador que el régimen islámico sudanés puede constituir para el equilibrio entre musulmanes y cristianos en Eritrea. La relación entre los rebeldes sudaneses y el gobierno de Asmara puede ser particularmente delicada para Jartum. El frente oriental puede resultar crucial para la guerra civil sudanesa, dada su proximidad a una buena parte de la infraestructura sudanesa, incluyendo el oleoducto de Puerto Sudán. Por esta razón, Jartum apoya al grupo Jihad Islámico Eritreo, con el fin de debilitar la posición del gobierno de Eritrea.

Finalmente, el gobierno de Uganda también ha sido un apoyo fundamental de la guerrilla sudanesa, en especial a partir la reducción del apoyo etíope al SPLA. El gobierno ugandés contribuye con los rebeldes sudaneses brindándoles apoyo y refugio, e incluso en ocasiones ha participado directamente en acciones ofensivas organizadas por el SPLA. Para contrarrestar este fenómeno, el gobierno sudanés ha apoyado por mucho tiempo a dos grupos insurgentes ugandeses: el *Lord's Resistance Army* y las *Allied Democratic Forces*.

La complicada red de intereses internacionales que están presentes en Sudán constituyen una dificultad más para cualquier intento de pacificación. Actualmente, los procesos políticos en Sudán se encuentran en un *impasse* y no se sabe dónde desembocarán. Algo similar sucede con la guerra. Los intentos de pláticas entre el gobierno y la guerrilla tendientes a detener la guerra han sido numerosos, e incluyen una serie de conversaciones organizadas en diversas ciudades del exterior, como Abuja o Nairobi. La *Intergovernmental Agency for Development (IGAD)*³⁵ ha tratado de ofrecer algunas alternativas en distintos momentos. Sin embargo, hasta ahora todos estos intentos han fallado y en este momento es difícil determinar cuál será el rumbo que tomarán los acontecimientos.

³⁵ Organismo en el cual participan Djibouti, Eritrea, Etiopía, Somalia, Sudán y Uganda

II. Las causas del hambre en Sudán

El hambre no se refiere únicamente a la escasez de alimentos. Como señalan C. Locke y F. Ahmadi-Esfahani, al estudiar la hambruna es necesario tener en cuenta la relación entre la gente y los alimentos³⁶. Esta relación se establece en el marco más general del funcionamiento de la sociedad en su conjunto, e involucra las formas de vida y las relaciones de poder que se establecen en su interior.

La experiencia de una hambruna implica un proceso que se desarrolla en el largo plazo e incluye la constante repetición de factores que van desgastando las estructuras comunitarias y sociales a través de las cuales un grupo puede hacer frente a la escasez. Es decir, una hambruna implica la destrucción no sólo de vidas individuales, sino del modo de vida de una sociedad.

En principio, los individuos no están totalmente desprotegidos ante la escasez de alimentos. Por el contrario, en toda comunidad existen estrategias por medio de las cuales las personas pueden disminuir los efectos adversos de una disminución en la disponibilidad de alimentos. Estas formas de respuesta incluyen la venta de diversas posesiones (desde ganado hasta los artículos domésticos más básicos), el recurso a alimentos no convencionales (por ejemplo, alimentos silvestres) y la puesta en práctica de mecanismos de solidaridad grupal a través de los cuales los miembros de una comunidad cooperan para subsanar la escasez.

Sudán ha vivido por más de cuatro décadas en una situación de guerra. Ello se ha combinado con otros factores como los cambios en la economía, fomentados por las clases dominante y los organismos financieros internacionales. La consecuencia última ha sido la constante presencia del hambre en la región sur del país.

³⁶ C. Locke y F. Ahmadi-Esfahani, "Famine analysis: a study of entitlements in Sudan, 1984-1985", p. 164

A lo largo del tiempo, las estrategias para enfrentar el hambre se han desgastado en la zona sur y han llegado a una situación de presión extrema. A pesar de su flexibilidad, los mecanismos de respuesta ante la escasez se han visto afectados por los cambios económicos, así como por la prolongada guerra civil y por el hecho de que como estrategia de guerra el gobierno ha atacado sistemáticamente el tejido social. En la actualidad, a los habitantes del sur de Sudán les resulta cada vez más difícil responder de manera efectiva cuando algún fenómeno natural (como sequías o inundaciones) disminuye la producción de alimentos en la región. Debido a la combinación de todos estos factores, la población se encuentra cada vez más desprotegida ante el hambre.

La transformación de la economía

No se puede entender una hambruna sin tomar en cuenta el factor económico. La forma como se articulan las actividades económicas de un grupo determinado contribuye a explicar circunstancias como la escasez de alimentos entre ciertos sectores de la población, o las posibilidades que estos grupos tienen de reaccionar de manera más o menos favorable ante la escasez.

Prendergast señala que para el caso de Sudán “históricamente, los agricultores y pastores habían sido capaces de adaptarse a climas inestables”. Parte de su capacidad de adaptación dependía del funcionamiento de su economía, tradicionalmente de subsistencia. Como estrategia de producción, estos grupos buscaban “riesgos mínimos en lugar de beneficios máximos”³⁷. Sin embargo, en las últimas décadas (en especial a partir de 1970) la situación se ha modificado y se han agudizado las tendencias hacia una orientación distinta

³⁷ Prendergast, “The political economy of famine in Sudan and the Horn of Africa”

de las actividades económicas. En efecto, de manera coincidente el gobierno y las élites económicas en Sudán, gobiernos extranjeros, compañías de agronegocios y organismos internacionales han promovido políticas cuyo resultado es la alteración de los sistemas de vida y las formas de adaptación desarrollados por los grupos locales a lo largo de la historia.

Sudán es un país agrícola. En particular, entre la población del sur de Sudán han existido tradicionalmente dos actividades fundamentales: la agricultura y la ganadería. Cada zona tiene un ciclo productivo propio, durante el cual se alternan estas actividades y se combinan con otras complementarias como la pesca. Hance afirma que “algunas de las prácticas de grupos locales como los dinka revelan una excelente adaptación al medio; entre ellas pueden contarse la selección inteligente del suelo y la adecuada fertilización de la tierra para la siembra”³⁸. El principal cereal cultivado es el sorgo, y también se producen maíz, mijo, arroz, cacahuete y okra.

Para grupos como los dinka o los nuer, el ganado constituye mucho más que una mercancía: es su posesión más preciada. Mas allá de lo económico, tiene un fuerte valor cultural y simbólico. De acuerdo con Hance, “la característica común de este tipo de culturas es considerar al ganado como un signo de riqueza y prestigio, y sólo raramente como una fuente de carne o un elemento para la venta comercial”³⁹.

En el pasado, las actividades productivas de los grupos del sur se complementaban y daban origen a sofisticadas formas de intercambio, sobre todo de trueque, que constituían una parte fundamental de los métodos destinados a reducir el riesgo de hambruna. La situación ha ido cambiando en los últimos años. Diversos autores⁴⁰ señalan que las élites en

³⁸ Prendergast, “The political economy of famine in Sudan and the Horn of Africa”, p. 155

³⁹ Hance, *The geography of modern Africa*, p. 155

⁴⁰ Ver, por ejemplo, Prendergast, “The political economy of famine in Sudan and the Horn of Africa”, Keen, *The benefits of famine*, Tombe Lako, Southern Sudan, *The foundation of a war economy*, Luka

el poder han fomentado la progresiva monetarización de la economía sudanesa. así como su orientación hacia los mercados extranjeros. Este fenómeno debilita los mecanismos tradicionales de respuesta cuando un grupo debe hacer frente al hambre y ha hecho más vulnerables a las comunidades rurales ante la sequía y la escasez alimentaria.

Refiriéndose a un grupo particular, los dinka, Luka Biong Deng señala que “el dinero se ha vuelto cada vez mas el medio dominante de intercambio. y va suplantando al ganado”, aunque “los dinka no se han sometido por completo a las reglas del mercado, y aún conservan algunas de sus características sociales distintivas”⁴¹. Por su parte, Tombe Lako afirma que “la agricultura de subsistencia y la cría tradicional de animales son todavía por mucho las actividades económicas más importantes” del sur de Sudán⁴², pero reconoce también como un hecho el fenómeno de la extensión de la economía monetaria.

Desafortunadamente, resulta imposible cuantificar en qué grado se ha monetarizado la economía en el sur del país, debido a las condiciones tanto económicas como políticas. “Nunca se ha realizado un censo agrícola en el sur, ni se ha emprendido ninguna recolección sistemática de datos” al respecto⁴³. A medida que transcurre el tiempo y continúa la guerra, resulta más difícil obtener ese tipo de datos.

El gobierno central ha tratado de fomentar en todo el país los esquemas ganaderos y de agricultura mecanizada orientados hacia la producción para el mercado, básicamente de exportación. Como ejemplo de esta política se puede mencionar “la creación de propiedades agrícolas en el sur a finales de los años 1970 por parte de ricos magnates del petróleo del

Biong Deng, . *Famine in the Sudan: Causes, preparedness and response. A political, social and economical analysis of the 1998 Bahr el Ghazal famine*

⁴¹ Luka Biong Deng, *op. cit.*

⁴² Tombe Lako. *Southern Sudan. The foundations of a war economy*, p. 30

⁴³ Tombe Lako, *ibidem*

Medio Oriente. Muchas de ellas se establecieron cerca del Río Bahr el Arab, donde se divide el norte del sur”⁴⁴.

Mientras se privilegia la producción para exportar, la destinada al consumo local ha sufrido un sensible descenso. El gobierno promovió el cultivo de productos como el algodón, orientados a los mercados extranjeros. Al mismo tiempo, el país se volvió muy dependiente de las importaciones de trigo. Esta situación elevó los costos del cereal en los mercados locales y socavó la producción local de comestibles⁴⁵.

El problema es aún más grave en el sur. Aquí, la producción agrícola a gran escala no está muy desarrollada, a causa del abandono que la región ha sufrido a lo largo de la historia. La situación se ha complicado con la guerra, que dificulta la inversión en proyectos productivos. Además, el conflicto armado ha provocado un descenso más pronunciado en la producción de alimentos. La guerra también ha tenido efectos negativos para el mercado. De acuerdo con la FAO, “el conflicto civil ha exacerbado la segmentación del mercado de alimentos en la zona sur, separando literalmente a comunidades enteras del resto de la economía. Esto se añade a la infraestructura de transporte generalmente deficiente y obstaculiza el comercio en algunas partes del país. Por tanto, los excedentes de producción en un área pocas veces son canalizados a las áreas con déficit”⁴⁶.

Con los nuevos esquemas productivos, grupos ya relegados, sin capital para invertir y con una economía distinta al nuevo patrón se vieron marginados de cualquier posible beneficio. “Tanto los esquemas mecanizados de cereales y los irrigados de algodón (...) han dado la ventaja a los segmentos más ricos de la sociedad, con capital para invertir

⁴⁴ Keen, *The benefits of famine*, p. 48

⁴⁵ Prendergast, “The political economy of famine in Sudan and the Horn of Africa”, p. 51

⁴⁶ FAO, *FAO global information and early warning system on food and agriculture. World Food Program Special report, FAO/WFP crop and food Supply Assessment Mission to Sudan*, del 12 de enero de 2000

(comerciantes, líderes religiosos, oficiales militares, los ya de por sí grandes terratenientes, y los agronegocios), al tiempo que empuja a los pequeños propietarios fuera de sus tierra”⁴⁷.

Esto contribuye para reforzar las desigualdades entre el norte y el sur del país. Las actividades relacionadas con la exportación, tanto en el norte como en el sur del país, se encuentran en manos de una poderosa élite compuesta fundamentalmente por los miembros de grupos arabizados. Tombe Lako señala que durante la etapa de paz entre 1972 y 1983, los sectores más avanzados de la economía del sur de Sudán, como las escasas industrias y los grandes esquemas agrícolas, quedaron en manos de los *jellaba*, o comerciantes arabizados originarios del norte. Pocas personas del sur pudieron participar en este tipo de actividades debido a la falta de capital financiero. La situación empeoró cuando la mayor parte de los grandes esquemas dejaron de operar a causa de la guerra. Por este motivo, el sur ha quedado aún más rezagado en el proceso de “modernización” y va aumentando su desventaja económica frente al norte del país.

La creciente marginación generada por esta supuesta modernización de la actividad económica explica en buena medida la oposición que muchos grupos han mostrado frente al gobierno. Como resultado, el régimen ha recurrido a la fuerza para integrar a estos sectores en sus planes económicos. En una primera etapa, el gobierno estableció impuestos en efectivo, con el fin de favorecer el aumento del comercio. Esta medida fomentó la venta de ganado. Hacia el final de la primera guerra civil, el ganado de varias comunidades dinka había disminuido de manera notoria a causa de los impuestos y también debido que muchos debieron recurrir a su venta con el fin de comprar granos en los momentos de escasez. Debido a la relación de fuerzas entre los distintos actores sociales, los animales vendidos por estos grupos se compraban a precios muy bajos, pero los cereales se vendían a precios

⁴⁷ Prendergast, “The political economy of famine in Sudan and the Horn of Africa” p. 51

elevados. Con ello se agravó la vulnerabilidad de amplios sectores de la población del sur del país.

No sólo la gente del sur ha sufrido esta situación. También en el norte existen distintas comunidades que han sido marginadas a lo largo de la historia y se han visto muy afectadas por los cambios económicos. Entre ellas destacan grupos como los fellata, los uduk, los ingessana, los nuba⁴⁸ y los pobladores del sur de Darfur. Como los habitantes de las provincias del sur del país, estas comunidades han sido colocadas “más abajo de la ley”⁴⁹, es decir, fuera de su protección.

Entre los grupos de Darfur que se encuentran marginados están los baggara, habitantes de los límites que separan al norte y el sur del país. Desde las últimas décadas del siglo XX, ellos han enfrentado una serie de presiones. Entre estas se cuentan la expansión de la agricultura comercial en las áreas que tradicionalmente ocupaban para el pastoreo, así como el deterioro ecológico de su espacio geográfico. Al mismo tiempo, se han incrementado las restricciones que enfrentan para pastorear en el sur. A ello se suma el rápido aumento de los precios de artículos básicos para los baggara, incluyendo el de los cereales. Todos estos elementos han provocado la erosión de su forma de vida tradicional. Apoyado por el gobierno, este grupo ha respondido con el recurso sistemático a la fuerza en contra de sus vecinos, principalmente los dinka, a través de las milicias *murahalin*. De esta forma tratan de remediar, al menos en parte, los efectos negativos de la crisis. Esto ha tenido consecuencias muy negativas para el sur de Sudán.

⁴⁸ Las Montañas Nuba se ubican en la parte meridional del norte del país, casi en la frontera con el sur. Su población ha sufrido algunos de los más implacables ataques por parte del gobierno de Jartum. Por tal razón, en esta zona se ha extendido el apoyo al SPLA.

⁴⁹ Expresión de David Keen utilizada por oposición a aquellos grupos que se han colocado “por encima de la ley” y han concentrado el poder en el país. En Keen, “The political economy of war, with special reference to Sudan and Bahr El Ghazal”, p. 86

Es posible afirmar que esos cambios en la economía han afectado a la población del sur de dos maneras. Por una parte, las reformas económicas han aumentado su marginación y, en consecuencia, repercuten en una disminución de la capacidad de las comunidades para reaccionar en situaciones de emergencia alimentaria, de forma que sus estrategias para hacer frente a la escasez están cada vez más debilitadas. Por otro lado, la crisis tanto económica como ecológica ha derivado en un aumento de las hostilidades entre grupos vecinos, como los baggara y los dinka. Estos últimos sufren más directamente las consecuencias, debido a su mayor marginación y a que son combatidos también por el gobierno.

Finalmente, es necesario mencionar la crisis económica que ha enfrentado el país en general y que golpea en particular al sector rural. Esto ha significado un descenso en los niveles de vida de la población. En una economía cada vez más monetarizada, los sectores rurales han visto caer en forma continua su poder adquisitivo. El problema se agrava con la creciente mecanización de los esquemas agrícolas, cuya consecuencia es la disminución en la demanda de mano de obra. Esto contribuye al deterioro del nivel de vida de los sudaneses. De esta forma son cada vez mayores los niveles de desnutrición. Además de la falta de alimentos, los abatidos sectores rurales deben enfrentar la falta de acceso a servicios básicos de higiene y salud. Por todo ello prevalecen o han reaparecido enfermedades que en otras circunstancias económicas serían relativamente fáciles de controlar.

El hambre como instrumento de guerra

El factor económico es fundamental para explicar la propagación del hambre. Sin embargo, en el caso de Sudán esto no es suficiente. Un elemento determinante en la extensión del problema ha sido la guerra civil. En el marco del conflicto armado, han

ocurrido diversos hechos, fomentados en gran parte por el gobierno y cuyo resultado ha sido el debilitamiento general del tejido social de los grupos poblacionales del sur del país. Entre ellos se cuenta el ataque directo a la población civil, el resurgimiento del fenómeno de la esclavitud y el desplazamiento de grandes núcleos de población.

Estos fenómenos han tenido consecuencias negativas en todos los ámbitos de la vida de las comunidades afectadas por la guerra. En el aspecto alimentario, ha significado no sólo la disminución de la cantidad de alimentos disponibles, sino también la alteración de las posibilidades de distintos grupos de tener acceso a esos alimentos. Además ha implicado el bloqueo de los mecanismos de respuesta ante la escasez desarrollados por las comunidades en etapas anteriores. Esto explica por qué la gravedad y la incidencia de la hambruna han aumentado en la actualidad en el contexto de la guerra.

Entre el público en general o en los medios de comunicación, es común hablar de las guerras como algo irracional, carente de lógica. Sin embargo, tal estereotipo dista de ser cierto. David Keen señala que “la violencia y la guerra pueden tener importantes funciones, pueden en cierto sentido ser *racionales*”⁵⁰. Algo similar ocurre con el hambre.

En Sudán, la propagación del hambre no es producto de accidentes o casualidades, sino que se inserta en el marco de políticas gubernamentales deliberadas, las cuales tienen ciertos propósitos y fines particulares. La hambruna no ha sido sólo una consecuencia “obligada” o un subproducto de la guerra, sino que es un modo expreso de efectuarla. Es importante subrayar que no todas las guerras crean situaciones de hambruna. Así, por ejemplo, en casos como el de Líbano, El Salvador o Nicaragua la guerra no implicó la extensión de problemas alimentarios de la magnitud de los que se viven en Sudán.⁵¹ Estos

⁵⁰ Keen. “The political economy of war”, p. 41

⁵¹ Frederick Cuny y Richard Hil, *Conflict and response. A basic guide*, p. 4

casos constituyen un ejemplo de que los conflictos armados no necesariamente derivan en hambrunas.

En Sudán, el problema del hambre ha alcanzado proporciones de desastre en gran medida porque ha sido utilizado como un arma de guerra. Diversos autores han estudiado cómo el ataque sistemático en contra de la población del sur del país constituye un objetivo del gobierno por dos razones: por una parte, el régimen trata de hacer desaparecer la base de apoyo de su enemigo militar, el SPLA. Al mismo tiempo busca tener libre acceso a los recursos de la zona. Burton afirma que “fuentes bien ubicadas hablan de una política gubernamental tendiente a despoblar Bahr el Ghazal norte (...) Se han concentrado casi exclusivamente en blancos civiles dinka (...) Muchos en círculos informados creen y citan como evidencia (...) la estrategia militar del gobierno para hacer morir a los sureños de inanición”⁵². Por su parte, un informe del *International Crisis Group* sostiene que “desde mediados de la década de 1980, sucesivos gobiernos han empleado la clásica táctica contrainsurgente de tratar de ‘desechar el agua para atrapar al pez’ ejerciendo presión militar en la base de apoyo del SPLA”⁵³. A su vez, como balance de la hambruna que afectó al sur de Sudán durante 1998, *Human Rights Watch* señala que el problema “se hizo inevitable cuando convergieron varios tipos de abusos contra los derechos humanos”⁵⁴.

La extensión del hambre entre la población del sur de Sudán se ha convertido en una estrategia del grupo en el poder para conseguir sus objetivos. Las políticas instrumentadas por el gobierno sudanés han tenido un impacto negativo tanto en la obtención de productos comestibles como en las posibilidades de respuesta ante la falta de alimentos provocada por la guerra.

⁵² Burton, “Development and cultural genocide in the Sudan”, p. 518

⁵³ ICG, *God, oil and country*, p. 21

⁵⁴ Human Rights Watch, *Famine in Sudan, 1998*. D.E. www.hrw.org/reports/1999/sudan

En los últimos años han confluído diversos factores por los cuales la escasez de alimentos se ha convertido en hambruna. No se trata de elementos aislados, repentinos o inusitados. Por el contrario, cada uno tiene raíces históricas. Como afirma David Keen, "la guerra es moldeada por, y a su vez moldea a, los procesos económicos y políticos que ya están en marcha dentro de una sociedad. Una configuración particular de causas dicta no solamente que tenga lugar una guerra, sino también el tipo de guerra del que se trata"⁵⁵. En el caso de Sudán, la guerra hecho que se acentúe la marcada desigualdad entre el norte y el sur.

Como en muchas otras partes del mundo, en el sur de Sudán el conflicto armado tiende a desarrollarse en formas cada vez más violentas. De acuerdo con el *International Crisis Group*, "mucho de la devastación humana puede remontarse a las tácticas criminales con las que se pelea la guerra. Las atrocidades son eventos rutinarios"⁵⁶. En muchas ocasiones la población civil ha quedado atrapada entre ambos grupos y ha sufrido las consecuencias. Además, la población civil constituye cada vez más el blanco específico de la creciente violencia, ya que las partes combatientes han optado por atacarla de forma directa.

La acción militar de las autoridades de Jartum en contra de la región sur ha seguido dos vertientes. En primer término, el ejército nacional realiza algunos ataques directos. En segundo lugar, el gobierno ha fomentado la formación de distintas milicias y grupos paramilitares, a los cuales otorga facilidades para que participen en la guerra. Ambas estrategias contribuyen al deterioro de la situación alimentaria de los habitantes del sur del país.

⁵⁵ David Keen, "The political economy of war", p. 43

⁵⁶ International Crisis Group. *God, oil and country. Changing the logic of war in Sudan*, p. 115

Las fuerzas armadas del gobierno se concentran en puntos específicos, básicamente en los campos petroleros y en algunos pueblos importantes como Wau, Juba y Malakal. el ejército no recurre con frecuencia a la confrontación en tierra con el SPLA. De hecho, durante la guerra civil sudanesa se han librado pocas batallas directas entre ambos. En cambio, entre las acciones militares directas más utilizadas por el régimen de Jartum sobresalen los bombardeos aéreos. Estos se dirigen fundamentalmente en contra de civiles, incluyendo a los desplazados por ataques anteriores. También se han registrado bombardeos en contra de los responsables de la ayuda internacional así como de hospitales. Esta forma de actuar tiene un efecto negativo en el acceso a los alimentos por parte de la población en general

Otro método empleado, principalmente a partir del año 2000, es el ataque a través de helicópteros fuertemente armados. Estas naves “vuelan a alturas muy bajas (‘el nivel de los árboles’) y disparan a grupos de civiles, incluyendo a mujeres y niños”⁵⁷. La población en general se encuentra por completo desprotegida frente a los ataques por parte del ejército.

A la actividad militar directa se suma la acción de distintas milicias apoyadas por el gobierno. Estos grupos están constituidos fundamentalmente sobre una base étnica. Entre ellos destacan las milicias *murahalin*. Se trata de grupos armados de origen baggara, que atacan de forma sistemática a las poblaciones del sur de Sudán, principalmente del área de Bahr el Ghazal. Las milicias baggara saquean las propiedades de los grupos vecinos, en su mayoría dinka, queman casas y mercados, asesinan y capturan esclavos entre la población rural. En tales acciones cuentan no sólo con la anuencia de las autoridades, sino con su apoyo activo. El grupo en el poder les proporcionan armas y municiones. También fomenta la colaboración con oficiales del ejército en actividades como la planificación de incursiones

⁵⁷ MSF, *Violence, health and access to aid*, p. 25.

armadas. *Human Rights Watch* documenta cómo las incursiones *Murahalin* de 1998 “involucraron considerable planeación y soporte logístico del gobierno”⁵⁸.

Los ataques de las milicias *baggara* no son un fenómeno nuevo: “George tiene 36 años, y es suficientemente viejo para recordar las incursiones de las milicias *baggara* de principios de los años ochenta (...) llegaban en caballos, a veces en vehículos, y le disparaban a la gente (...) y robaban ganado y granos”. Desde esa época, la mecánica de los ataques no ha sufrido modificaciones importantes. Un testimonio de 1998 refiere que

“Los *Murahalin* llegan a los poblados civiles a caballo, armados con las armas automáticas del gobierno. Las incursiones son efectuadas donde no hay presencia del SPLA; el objetivo no es matar a las tropas enemigas, sino esclavizar a los civiles ‘enemigos’ y debilitar a los *dinka* económica y socialmente. Los *dinka* están desarmados y sin caballos, no pueden proteger a sus mujeres, sus niños o su ganado. Quienes se resisten son asesinados”⁵⁹

El problema de las milicias apoyadas por las autoridades adquirió un nuevo matiz en los años noventa. Con el rompimiento al interior del SPLA en 1991, surgieron milicias entre la población local del sur⁶⁰. Estos grupos armados causan problemas análogos a los provocados por los *Murahalin*, puesto que tienen un modo similar de operar. Al igual que ellos, realizan ataques en contra de poblaciones civiles utilizando armamento muy sofisticado, provisto en muchos casos por el mismo gobierno. Estas tropas queman los campos y saquean los recursos de los habitantes locales, las cosechas y el ganado.

El gobierno maneja la versión de que los ataques de las milicias en contra de los civiles en el sur son resultado lógico de enemistades tradicionales entre distintos grupos

⁵⁸ Human Rights Watch. *Famine in Sudan, 1998*

⁵⁹ Testimonio ofrecido por Jemera Rone en 1998, citado por WRH en “The Train, Relief For The Displaced In Garrison Towns, And Slavery In Sudan”, dentro del documento *Crises in Sudan and Northern Uganda* D. E. www.hrw.org/campaigns/sudan98/testim/house-04.htm#P126_29105

⁶⁰ Muchas de estas milicias han recibido apoyo del gobierno central, que busca así socavar a la oposición. De hecho, según David Keen, “es una creencia muy extendida que todas las facciones del SPLA excepto el SPLA-*Mainstream* de Garang han recibido, en algún momento, armas del gobierno de Jartum”. Keen. “The political economy of war, with special reference to Sudan and Bahr El Ghazal”, p. 89

étnicos. Sin embargo, esto dista de ser exacto. A lo largo de la historia, efectivamente ha existido una fuerte rivalidad entre distintos grupos poblacionales, y en numerosas ocasiones han ocurrido enfrentamientos. No obstante, esto no significa en forma alguna que se trate de una situación natural o inevitable. Desde hace ya varias décadas, el gobierno de Jartum ha manipulado y exacerbado la enemistad étnica. “Muchos analistas consideran que estos combates [los ataques de las milicias] no son el producto de incursiones de venganza, sino el resultado de una campaña estratégica del gobierno de Sudán”⁶¹. Al apoyar las incursiones de las milicias, el gobierno cumple con un doble objetivo. Por un lado, las milicias constituyen “una parte central de su estrategia contrainsurgente”⁶², ya que son “una forma de ganar la guerra con un mínimo costo económico y político”⁶³. Gracias a ellas las autoridades tratan de destruir la base de apoyo del SPLA sin recurrir a la impopular medida de la conscripción forzada. Al mismo tiempo, disminuyen los costos que implicaría la acción directa del ejército: el gobierno sólo proporciona armas y no paga salarios, ya que estos son sustituidos por el botín de guerra. Algo similar ocurre con las distintas facciones emanadas del SPLA. En un principio, los milicianos son motivados a actuar por la posibilidad de obtener un botín inmediato (ganado, cereales, captura de mujeres y niños). Jok y Hutchinson señalan que “cualquier res ‘nuer’ recuperada de los establos dinka no se regresaba a sus dueños originales sino que era reclamada como *propiedad militar/gubernamental*”⁶⁴ distribuida de acuerdo con el criterio del jefe de la milicia en cuestión. En ciertos casos también habría un botín a largo plazo: la perspectiva de poder usar en cierto momento los recursos naturales como agua y pastos utilizados hoy por el grupo enemigo. Las milicias apoyadas por el

⁶¹ Human Rights Watch, *The famine in Sudan, 1998*

⁶² *Idem*

⁶³ Keen, “The political economy of war”, p. 92

⁶⁴ Jok y Hutchinson. “Sudan’s prolonged second civil war”

gobierno también han servido para canalizar el descontento de diversos grupos ya no en contra del régimen, sino en contra de las otras etnias.

Recientemente se han manifestado algunas señales alentadoras que podrían indicar una tendencia hacia el debilitamiento de las milicias de base étnica. Por una parte, se firmó ya un acuerdo que supondría la reintegración al SPLA de las facciones escindidas⁶⁵, aunque todavía es pronto para saber hasta qué punto este acuerdo funcionará en la realidad. En cuanto a los grupos *Murahalin*, enfrentan una oposición cada vez más firme y organizada por parte del SPLA. Por esta razón, sus incursiones se están volviendo más difíciles y costosas. Con el tiempo, esto podría volver inoperantes a las milicias *baggara*.

A pesar de los cambios que puedan registrarse en el futuro, la acción de las milicias ya ha tenido muchos efectos negativos estrechamente vinculados con la propagación del hambre en el sur de Sudán. En primer lugar ha significado la destrucción directa de la base alimentaria de los habitantes de la región. En segundo término, ha generado el desgaste de las estructuras y mecanismos sociales que a lo largo de la historia habían permitido a las personas enfrentar la escasez.

La frecuencia del saqueo y el pillaje de cosechas y ganado desemboca en la disminución de los recursos reales con los que cuenta la población sometida a estos abusos. Además, los grupos paramilitares constituyen un factor de ruptura en la producción, puesto que el uso sistemático de la fuerza y el consecuente temor por parte de la población civil impiden que las labores de producción de alimentos se realicen de manera regular. La mayoría de los pobladores evitan las actividades productivas de largo plazo. De esta forma buscan evitar o minimizar los riesgos producidos por la permanente inseguridad, los continuos ataques y las posibilidades de ser víctima de una mina antipersonal. Generalmente,

⁶⁵ Ver p. 37 de este texto.

el cultivo de la tierra se realiza en un radio no mayor de 20 o 30 metros de una casa, ya que los agricultores no están seguros de poder cosechar y conservar sus cosechas a causa del saqueo y el pillaje. El temor también ha tenido un impacto negativo en otras actividades productivas complementarias como la pesca. Las gente, en especial quienes viven relativamente lejos de los ríos, tienen dificultades para realizar esta actividad de manera normal. Esto se puede apreciar en el siguiente testimonio:

“En mayo de 2001, Majak caminaba hacia el Lago No para pescar algo. A la mañana siguiente, temprano, escucho el sonido de bombas y gritos y comenzó el camino de regreso a su pueblo. Mientras caminaba vio fuego y humo que subía y se dio cuenta de que los pueblos eran incendiados. Mientras se acercaba a Bol, fue detenido por tropas en vehículos y corrió hacia el bosque. Se escondió ahí hasta el ocaso, cuando se aventuró a salir de nuevo cubierto por la oscuridad, y caminó a Bol. En Bol encontró un pueblo devastado”⁶⁶

Además de provocar de manera directa una baja en la producción de alimentos, las actividades de milicias han implicado el debilitamiento de algunos de elementos que permitían en funcionamiento de las comunidades. La militarización y polarización de las identidades ha roto un equilibrio que se había establecido a lo largo de la historia entre los distintos grupos étnicos. En la actualidad, la actuación de las milicias quebranta todas las normas que tradicionalmente habían limitado la violencia. Como resultado, los contactos entre distintos grupos étnicos han sido reducidos excesivamente. A ello se suma el hecho de que la propia dinámica de la guerra ha erosionado la autoridad de los líderes tradicionales, quienes son sobrepasados por los hechos. A su vez, los jefes militares han perdido gran parte de su credibilidad debido a los abusos a los que han sometido a la población civil. Todo esto ha desembocado en el debilitamiento de las estructuras de negociación que en etapas anteriores permitían la resolución de conflictos.

⁶⁶ MSF, *Violence, health and access to aid*, p. 24

Otro efecto negativo de la actividad militar en el sur de Sudán ha sido la disminución de la mano de obra dedicada a la producción de alimentos. Este hecho se relaciona con la salida de una gran cantidad de personas de la región. Los movimientos tienen dos vertientes: por una parte, muchos deciden emigrar de manera “voluntaria” para escapar de la inseguridad o para buscar trabajo. Pero además en los últimos tiempos ha resurgido en el país un problema alarmante: el tráfico de esclavos. Desde mediados de la década de 1980, numerosos organismos, como Amnistía Internacional, *Human Rights Watch* y la ONU, han reportado este fenómeno con creciente preocupación.

El resurgimiento de la esclavitud se relaciona también con las políticas instrumentadas por la élite en el poder. “La captura de esclavos no puede separarse de la estrategia gubernamental para despoblar y destruir los campos del sur de Sudán y es perpetrada por las milicias armadas directamente bajo control del gobierno”⁶⁷. Sin embargo, a nivel oficial el régimen ha sostenido no sólo que no toma parte en estos hechos, sino que los mismos en realidad no existe. “El gobierno niega tanto su implicación en, como la existencia de una campaña para el mantenimiento de la esclavitud. Retrata las capturas como abducciones de corto plazo enraizadas en las animosidades tribales”⁶⁸ En contra de estos argumentos gubernamentales, un documento de Naciones Unidas presentado en la Conferencia sobre el Racismo en septiembre de 2001 afirma que la esclavitud en Sudán está “profundamente enraizada en la noción de supremacía árabe y musulmana” que se ha desarrollado en Sudán a lo largo de la historia⁶⁹. En realidad, “el gobierno de Sudán es responsable no sólo de armar, transportar y asistir, con conocimiento de causa, a las milicias que capturan esclavos. También es responsable por no hacer cumplir sus propias leyes contra

⁶⁷ ICG, *God, oil and country*, p. 123

⁶⁸ ICG, *God, oil and country*, p. 123

⁶⁹ Informe de Naciones Unidas citado por el ICG en *God, oil and country*, p. 123

el rapto, el asalto y el trabajo forzado”, aunque en la legislación sudanesa no existen disposiciones que prohíban directamente la esclavitud⁷⁰

Los esclavos son capturados en su mayoría durante los ataques de las milicias en el área de Bahr el-Ghazal, principalmente en las cercanías de la vía del tren de Wau. De manera sistemática, las milicias realizan incursiones en contra de los poblados ubicados en un radio de 50 millas a partir de la vía del tren. Durante años éste ha sido utilizado de manera exclusiva con fines de abastecimiento militar. Las milicias apoyadas por el gobierno se encargan de escoltar al tren y lo utilizan para sus propias operaciones armadas. De acuerdo con diversos testimonios, “el tren transporta caballos *murahalin*, que usan para atacar y saquear a los pueblos dinka (...) En el camino al norte, llevan al tren el ganado robado que no pudieron vender en el mercado de Wau, y algunas veces llevan también a las mujeres y niños abducidos, aunque generalmente son obligados a caminar”⁷¹. Por esta razón, el tren también es conocido en la región como el “tren de los esclavos”⁷². Las personas capturadas son sometidas a enormes abusos:

“según se informa, gente del norte de Sudán, o incluso del extranjero, viene a comprar algunas de estas personas a cambio de dinero o bienes, como camellos. Los niños y las niñas son reservados para la esclavitud doméstica y se les hace trabajar en los campos o cuidar el ganado, mientras que las muchachas y las mujeres también son usadas como ‘esposas’ o concubinas, a menudo son sometidas a violaciones y otros abusos sexuales que llegan, en ciertos casos, a la esclavitud sexual”⁷³.

La captura de personas para convertirlas en esclavos influye de manera directa en la profundización del problema del hambre. Por una parte, extrae de la región afectada por el

⁷⁰ HRW, *Slavery and slave redemption in the Sudan, marzo de 2002*

D. E. <http://www.hrw.org/background/africa/sudanupdate-print.htm>

⁷¹ HRW, “The Train, Relief For The Displaced In Garrison Towns. And Slavery In Sudan”, dentro del documento *Crises in Sudan and Northern Uganda*

⁷² ICG, *God, oil and country*, p. 123.

⁷³ ICG, *God, oil and country*, p. 123. Se puede consultar también HRW, *Background paper on slavery and slave redemption, marzo de 1999*

hambre mano de obra necesaria para la producción de alimentos. Al mismo tiempo, constituye un evidente ataque contra el tejido social de las comunidades afectadas. El fenómeno de la esclavitud coloca a los capturados y sus familias en una situación de extrema vulnerabilidad y hace palpable la desvalorización que sufren estos grupos.

La sangría provocada por el resurgimiento de la esclavitud se agrava a causa de la migración de personas que buscan empleo o que tratan de huir de las zonas en conflicto. En cualquiera de estos casos, los efectos de los movimientos de población no se limitan a la disminución de la mano de obra disponible para la producción de alimentos. Estos hechos implican también el rompimiento de las estructuras y redes sociales desarrolladas en las comunidades a lo largo de la historia. Ya sea que hallan salida de su comunidad como esclavos, como desplazados o como migrantes en busca de trabajo, todas estas personas sufren la alteración de los apoyos con los cuales contaban anteriormente, así como de las redes familiares y comunitarias a las que podían recurrir en caso de necesidad. Al mismo tiempo, quienes se quedan enfrentan la transformación forzada de sus núcleos sociales, ya que la comunidad sufre reajustes cuando ha perdido a muchos de sus miembros. En caso de una disminución en la disponibilidad de alimentos, estos cambios desembocarán en la alteración de las posibles respuestas a la emergencia.

El fenómeno de la migración de personas originarias del sur de Sudán puede obedecer a dos motivos: la falta de empleo y la guerra misma. Debido a la crisis que se vive en el sur del país, muchas personas se han visto obligadas a emigrar para obtener recursos. Para la mayoría de las comunidades, la migración de personas que buscan empleo significa la disminución de los recursos humanos disponibles para participar en las actividades productivas de la región. Quienes emigran buscando trabajo son básicamente aquellas personas que en condiciones normales podrían dedicarse a actividades generadoras de

alimentos, como la agricultura y la ganadería. Estas personas se ven obligadas a abandonar sus lugares de origen debido a que en el sur no existen muchos empleos remunerados que permitan a las unidades familiares hacer frente a la crisis. La excepción la constituyen algunos trabajos con las organizaciones de ayuda, en muchos casos a cambio de comida. Los sectores acomodados tanto del norte como del sur se han beneficiado al tener a su disposición una sobreoferta de mano de obra barata.

Otro factor que ha reducido de forma considerable la población que participa en la producción de alimentos es la actividad militar. Por una parte, muchos jóvenes se han unido al SPLA como una forma de defensa frente a los crecientes problemas. Estas personas se ocupan en actividades militares, en detrimento de las productivas. Además de la participación voluntaria, también se registran numerosos casos de reclutamiento forzoso para las distintas facciones combatientes. Los hombres reclutados así son personas en edad laboral, que en otras circunstancias podrían dedicarse al trabajo agrícola.

A todo lo anterior se suman los elevados índices de migración para huir de las condiciones de inseguridad de las zonas donde transcurre la guerra. Los desplazamientos masivos se han convertido en asunto cotidiano en el sur de Sudán. Por ello, este país se ha convertido en el hogar de una de las poblaciones de desplazados internos más grandes del mundo. Cerca de cuatro millones de personas originarias del sur de Sudán se han convertido en desplazados internos, tanto en el mismo sur como en el norte del país. Tom Rhodes afirma que “a finales de 1997, casi toda la población de los departamentos de Abyei, Twic y Gogrial, estimada en unas 600,000 personas, fue desplazada más de tres veces por año”⁷⁴. La situación es tan grave, que muchos deciden no construir un alojamiento permanente, debido a que tienen la certeza de que serán desplazados de nuevo en cualquier momento.

⁷⁴ Tom Rhodes, *Famine politics and the cycle of relief failure in Sudan's civil war*, p. 6

Los desplazamientos masivos de población han tenido efectos negativos en distintos ámbitos. En última instancia, contribuyen a generar una situación de extrema vulnerabilidad frente a las enfermedades y el hambre. Las poblaciones que se desplazan lo hacen generalmente en condiciones muy desfavorables, dejando atrás sus medios de subsistencia y en muchos casos las redes sociales que podían servirles como ayuda en caso de necesidad.

Generalmente, los desplazados llegan a grandes campos que no cuentan con los servicios básicos y donde se aglomeran miles de personas. El hacinamiento y la falta de instalaciones sanitarias pueden contribuir al deterioro de las condiciones generales de salud. Esto a su vez provoca la propagación de enfermedades infecciosas que dejarán más vulnerable a la población en caso de que falten los alimentos. Diversos estudios señalan que la mortalidad durante una hambruna no se relaciona únicamente con la carencia de alimentos propiamente dicha, sino también con la propagación de enfermedades infecciosas.⁷⁵

La población más afectada por la escasez de alimentos es aquella que ya se encuentra en una posición desventajosa desde diversos puntos de vista, incluyendo el sanitario. En el sur de Sudán, problemas como la falta de instalaciones sanitarias y el deficiente abastecimiento de agua han hecho posible que muchas enfermedades contagiosas continúen siendo una amenaza para la vida de una gran proporción los habitantes. Entre los grupos que afrontan mayor peligro están los niños y las mujeres. Los niños “están expuestos a parásitos y otras enfermedades infecciosas casi todos los días”⁷⁶. También las mujeres se encuentran en posición de desventaja, ya que sus “actividades como encargadas del cuidado (de otros miembros del grupo) y productoras de alimentos las exponen a fuerte gasto de energía y desnutrición materna”⁷⁷.

⁷⁵ Ver, por ejemplo, Médicos sin Fronteras, *Upper Nile...*

⁷⁶ Jok Madut Jok, “Militaryism, gender and reproductive suffering”, p. 199

⁷⁷ *Ibidem*, p. 199

La mortalidad durante las hambrunas no se debe exclusivamente al hambre, sino que intervienen las carencias sanitarias en general. Un primer problema de salud, directamente provocado por la guerra, es la mortalidad y las heridas causadas resultado de los combates y los ataques armados. Además de ello, las enfermedades infecciosas aumentan la vulnerabilidad frente al hambre. A su vez, los problemas de desnutrición disminuyen la resistencia frente a esas enfermedades. En un círculo vicioso, la mala situación sanitaria y las carencias nutricionales se influyen mutuamente en forma negativa.

En las provincias del sur de Sudán, las condiciones generales de salud (de por sí deficientes) han empeorado en los últimos años. Esto ha permitido una alta incidencia de enfermedades como la malaria, parásitos intestinales y enfermedades diarreicas, infecciones respiratorias agudas, la anquilostomiasis, la leishmaniosis (*kala azar*⁷⁸) y la tuberculosis y la meningitis⁷⁹.

La proliferación de estas enfermedades se relaciona con las condiciones de vida de la población en la zona en conflicto. La presencia de multitudes reunidas en centros de ayuda puede resultar muy perjudicial. Estos centros no disponen de alimentos suficientes y generalmente tienen problemas con las instalaciones sanitarias. A ello se suma la falta de agua potable, causada por la marginación de la zona sur y por el ataque contra las fuentes de agua como parte de la guerra. Con los enfrentamientos armados se han vuelto inaccesibles muchas áreas. Estas condiciones hacen prácticamente imposible llevar a cabo campañas de vacunación para prevenir los padecimientos infecciosos. El impacto de las enfermedades se

⁷⁸ El *kala azar* es una enfermedad parasitaria transmitida por la picadura de un mosquito. Afecta el sistema inmune y se manifiesta con diversos síntomas: fiebre, anemia, debilidad y agotamiento. Sin tratamiento médico, los pacientes pueden morir por complicaciones como diarrea o neumonía.

⁷⁹ Thompson, . *Coping with chronic complex emergencies: Bahr al-Ghazal, Southern Sudan*, D.E.: <http://www.fao.org/docrep/X4390t/x4390t05.htm#TopOfPage>. Médicos sin fronteras, *Medecins sans Frontieres-Sudan. October 1998*, D.E. www.msf.org/pressrel/sudan6b.doc, Anexo 1: "The (re)emergence of diseases", Médicos sin fronteras, *Violence, health and access to aid*.

ha visto exacerbado debido a que los servicios de salud en el sur de Sudán son escasos y pobres, de forma que no alcanzan a cubrir las necesidades de la gente. Refiriéndose al *kala azar*, Médicos sin Fronteras cita un testimonio según el cual

Mucha gente vivía a una distancia de 2 a 10 días caminando [de un centro de salud] y no podía obtener tratamiento a tiempo, no sabía que éste existía o no le quedaban parientes para ayudarlo en el traslado y durante el tratamiento. Trágicamente, entonces, la mayoría de las muertes ocurría antes de que el tratamiento estuviera disponible.⁸⁰

La infraestructura era bastante rudimentaria antes de la guerra y con el conflicto ha sido muy dañada. Un voluntario ofrece un testimonio de la acción directa en contra de las instalaciones médicas en la región: “Todas las medicinas fueron saqueadas durante la incursión en Akot. Estoy seguro de que puedes encontrarlas a la venta en un mercado o en otro, o que han ido a parar a alguna milicia. Está tomando tiempo reabastecer la farmacia”⁸¹. En los ataques, las clínicas o centros de salud generalmente son destruidos casi por completo: los edificios son quemados y las medicinas y otros materiales son robados. Todas las partes combatientes han cometido este tipo de actos, agravados por el asesinato de trabajadores de salud.

En la actualidad la mayoría de las instalaciones existentes están a cargo de las agencias de ayuda, nacionales e internacionales. Los programas de salud no cuentan con fondos ni con personal suficiente para su instrumentación. Debido a los ataques, muchas personas capacitadas prefieren dejar el área. Esto tiene consecuencias negativas, puesto que se ha agravado la falta de recursos para el tratamiento de las enfermedades. Para una gran parte de la población, el acceso a los servicios de salud es casi imposible en los hechos.

⁸⁰ Médicos sin Fronteras, *Violence, health and access to aid*

⁸¹ Oxfam, *Sudan, a nation in the balance*, p. 35

En este contexto, una gran parte de la población que no cuenta con acceso a centros de salud recurre a los métodos tradicionales de curación. Sin embargo, estos métodos, “transmitidos de generación en generación en algunas familias, están empezando a desaparecer en el sur de Sudán, otra baja causada por la guerra”⁸².

Finalmente, es necesario mencionar la manipulación de la ayuda humanitaria como parte de las estrategias bélicas. En el contexto de la grave crisis que se vive en el sur de Sudán, la ayuda internacional se ha convertido en un elemento de vital importancia para las personas afectadas por el hambre. Estas personas no cuentan con las condiciones necesarias para conseguir alimentos por sus propios medios. Consciente de ello, y como parte de su estrategia de guerra, el gobierno ha prohibido en distintas ocasiones los vuelos con ayuda a la región, a pesar de las protestas de las Naciones Unidas y de las distintas organizaciones no gubernamentales que trabajaban en la zona. Este tipo de medida muestra con claridad que el hambre es utilizada por el gobierno como un medio de combate. Generalmente, la prohibición de vuelos se levanta después de algún tiempo, como respuesta a la presión internacional. Sin embargo, cuando esto sucede el daño ya está hecho.

En resumen, puede decirse que la guerra ha favorecido la extensión de la violencia en la sociedad, la pérdida de vidas, el desplazamiento de grandes núcleos de población y la pérdida de bienes. Todo ello ha tenido dos consecuencias. Por un lado, ha disminuido la cantidad de alimentos a los que puede acceder la población. Por otra parte, las formas de vida tradicionales de las comunidades han sido trastrocada, y las redes sociales creadas a lo largo de la historia se han ido desgastando. Como resultado de estos hechos, el hambre se ha extendido de manera alarmante entre la población del sur de Sudán. Los pobladores de la región están conscientes de la relación existente entre la descomposición del tejido social y

⁸² *Idem*, p. 35.

la extensión de la hambruna. Un ejemplo de ello es que “en el distrito de Yirol la hambruna de 1998 fue denominada *cok dak ruai* (“rompimiento de las relaciones”)⁸³.

La propagación de la hambruna no es un hecho inherente a la guerra en general. Por el contrario, deriva de la estrategia particular adoptada por el gobierno sudanés para combatir a los grupos opositores armados de la zona sur y para poder controlar los importantes recursos existentes en esa área, en particular petróleo y agua. El gobierno sudanés ha utilizado de manera planificada maniobras que tienen como resultado la expansión del hambre en la zona de conflicto.

Por este motivo, es posible en este caso hablar del hambre como resultado de la descomposición social y la destrucción de estructuras comunitarias. Ambos fenómenos han sido provocados de manera expresa por el gobierno central y por la acción de las fuerzas combatientes. En última instancia, esta situación obedece a la existencia de desigualdades muy profundas generadas en la sociedad a lo largo de la historia.

En este contexto, y en vista de que el hambre en el sur de Sudán tiene su origen en las desigualdades sociales, la ayuda humanitaria está muy lejos de constituir una solución. En el siguiente capítulo se abordará la asistencia humanitaria. Esta práctica no puede ofrecer un remedio para los problemas de fondo que contribuyen a la extensión de los problemas alimentarios. Por el contrario, en la forma como se ha manejado hasta ahora, únicamente contribuye con la profundización de las relaciones de poder existentes en el seno de la sociedad sudanesa.

⁸³ Tom Rhodes, *op. cit.*, p. 6

III. La ayuda humanitaria

En los últimos años, la ayuda humanitaria ha ganado importancia en el marco de la guerra civil sudanesa. En la actualidad, Sudán es uno de los principales receptores de asistencia a nivel internacional y en su territorio tiene lugar uno de los esfuerzos humanitarios más costosos del mundo: la Operación *Lifeline* Sudán.

A nivel popular existe una tendencia a subrayar los aspectos positivos de la ayuda humanitaria destinada a las zonas en conflicto. En este sentido, el aspecto más evidente es que la asistencia evita la pérdida de vidas humanas. Sin embargo, no se trata de un tema simple ni lineal. Diversos estudios muestran cómo la ayuda humanitaria puede tener efectos negativos en una zona en conflicto. En este sentido, David Keen señala que “la ayuda puede ser un paliativo de corto plazo, un distractor o, peor aún, algo que verdaderamente estimule el conflicto”⁸⁴.

El uso de la ayuda refleja las condiciones de un país a nivel social, político y económico. La forma como influye la asistencia externa en un lugar determinado dependerá en gran medida de la relación establecida con anterioridad entre los distintos actores. En el caso de Sudán, estos incluyen a las partes en conflicto (el gobierno y las facciones rebeldes), a las organizaciones humanitarias participantes (Organización de Naciones Unidas y organismos no gubernamentales), así como a los donadores. Inevitablemente “cuando [un país] está en guerra todo se vuelve una cuestión militar y de ventaja estratégica”⁸⁵. Esto es lo que ocurre en Sudán. Debido a las condiciones del país, es imposible separar el tema de la ayuda y el de la guerra.

⁸⁴ Keen, “The political economy of famine with special reference to Sudan and Bahr el Ghazal”, p. 75

⁸⁵ Palabras de John Beavan, embajador británico en Sudán en 1990. Citado por Deng y Minear, *The challenges of famine relief*, p. 89

La cuestión de la asistencia humanitaria en Sudán constituye un tema extraordinariamente complejo. En las siguientes páginas, la atención se centrará en la conocida Operación *Lifeline* Sudán. Desde su establecimiento, esta ha constituido uno de los polos principales de la acción humanitaria en el país. De manera particular se trabaja el denominado sector sur de la Operación. Al funcionar en la zona que conforma el escenario principal de los combates, su estudio permite comprender con mayor claridad el funcionamiento de la asistencia humanitaria internacional en una situación de guerra.

Surgimiento y desarrollo de la Operación Lifeline Sudán

En los últimos años, el eje de la ayuda humanitaria en Sudán ha sido la Operación *Lifeline* Sudán (OLS). Esta fue establecida en 1989 por la Organización de Naciones Unidas. Su objetivo es la asistencia y la protección en favor de las poblaciones afectadas por el hambre y la guerra. Su acción se basa en un acuerdo tripartita entre el gobierno sudanés, las fuerzas rebeldes del sur del país y la ONU. En realidad, la OLS se estableció por medio de acuerdos informales. En un principio no se firmó ningún documento. Este hecho refleja con claridad la importancia de la “buena voluntad” de las partes en conflicto para el buen funcionamiento de la OLS. Lamentablemente, los combatientes no siempre se muestran dispuestos a colaborar con los esfuerzos para combatir el hambre.

Generalmente se define a la OLS como una operación “paraguas”, puesto que a su amparo trabajan distintas agencias de la ONU y organizaciones no gubernamentales (ONG) tanto sudanesas como internacionales (*Cuadro 1*). La OLS establece un sistema regulatorio para los organismos humanitarios que se adhieren a ella. Las ONG que trabajan en el sur del país y desean adherirse a la Operación deben firmar Cartas de Entendimiento con la

UNICEF. Por este medio aceptan guiarse de acuerdo con los principios de la OLS. A cambio, reciben ventajas de apoyo logístico y de seguridad por parte de la ONU, o pueden obtener transporte gratuito o subsidiado para la ayuda que envían.

La OLS constituyó una innovación y sentó un precedente en diversos sentidos. Hasta mediados de la década de 1980, una operación de este tipo hubiera sido impensable por varias razones. En primer lugar, el principio de soberanía constituía una restricción fundamental para la ayuda a las víctimas de conflictos armados. En este punto, el acuerdo de acceso de la OLS implicó un cambio, ya que en ciertos aspectos involucró, al menos de manera limitada, una cesión parcial de soberanía a favor de la ONU en áreas controladas por los movimientos rebeldes. La OLS fue el primer programa oficial de la historia de la ayuda humanitaria en el cual un gobierno establecía el derecho de las agencias de socorro a prestar ayuda a los civiles en áreas dominadas por fuerzas rebeldes. Debe subrayarse, sin embargo, que esto refleja las dificultades que el gobierno central tiene para controlar de forma buena parte del territorio del país.

Otra novedad fue la relación establecida entre la OLS y una entidad no estatal, en este caso el SPLM/SPLA. Gracias al contacto con las fuerzas rebeldes del sur de Sudán, la Operación fue pionera en el establecimiento de negociaciones con un actor no estatal. Como señalan Bradbury *et. al.*, “la ‘asociación’ desarrollada entre las facciones rebeldes del sur y la UNICEF/OLS sigue siendo única”⁸⁶. Tal innovación fue posible por los significativos avances militares logrados por el SPLA. Esto se reflejó en la firma de un Acuerdo sobre las Reglas de Operación entre la OLS y el SPLA. Con este acuerdo se expuso de manera más abierta cierto reconocimiento internacional hacia las fuerzas rebeldes del sur de Sudán.

⁸⁶ Bradbury, *et. al.*, *The ‘Agreement on Ground Rules’ in South Sudan*, p. 27

Cuadro I**Principales ONG del Sector Sur de la OLS,****1998****a) ONG Internacionales**

Action contre la faim (ACF)
 Adventist Development and Relief Agency (ADRA)
 Aktion Afrika Hilfe (AAH)
 American Refugee Committee (ARC)
 AMREF
 Association of Christian Resource Organizations serving Sudan (ACROSS)
 Catholic Relief Service (CRS)
 Christian Mission Aid (CMA)
 Comitato Collaborazione Medica (CCM)
 Cooperative for Assistance and Relief Everywhere (CARE)
 Coordinating Committee for Voluntary Service (COSV)
 German Agro Action (GAA)
 Global 2000, the Carter Center
 HealthNet
 International Aid Sweden (IAS)
 International Medical Corps (IMC)
 International Rescue Committee (IRC)
 MEDAIR
 Médecins du Monde (MDM)
 Médecins sans Frontieres-Bélgica (MSF-B)
 Médecins sans Frontieres-Holanda (MSF-H)
 Medical Emergency Relief International (MERLIN)
 Norwegian Church Aid (NVC)
 OXFAM (Reino Unido e Irlanda)
 Rädda Barnen, Save the Children Suecia
 Save the Children Fund-Reino Unido (SCF-UK)
 Tear Fund
 VetAid
 Vétérinaires sans Frontieres-Bélgica (VSF-B)
 Vétérinaires sans Frontieres-Suiza (VSF-CH)
 World Vision International (WVI)

b) ONG Sudanesas:

Association of Napata Volunteers (*ANV*)
Cush Relief and Rehabilitation Society (*CRRS*)
Diocese of Torit (*DOT*)
Islamic African Relief Agency (*IARA*)
Mundri Relief and Development Association (*MRDA*)
Presbyterian Relief and Development Agency (*PRDA*)
Sudan Production Aid (*SUPRAID*)
Vetwork Sudan

Por todas estas razones African Rights asegura que la Operación nació en un contexto muy particular gracias al cual quedaron definidas ciertas características fundamentales:

“Pocos años antes, los donadores no habrían estado preparados para apoyar una iniciativa que parecía minar el concepto de soberanía. Unos años después, la desregularización de la industria habría llegado a tal punto que hubiera sido imposible ejercer el control formal sobre las actividades de las ONG que existe en la OLS”⁸⁷

En su trato con el gobierno y el SPLA, la OLS se convirtió en precursora de un concepto que posteriormente adquirió gran relevancia: el acceso negociado. Esta noción se utilizó más tarde en otros países, como Angola, Etiopía y Bosnia. El éxito del acceso negociado se basa en el cumplimiento del derecho internacional y en la buena fe de las partes en conflicto.

“El modelo de ‘acceso negociado’ de la OLS representa la fusión de dos enfoques para la ayuda en desastres. Uno es el modelo apolítico del desastre natural, según el cual los civiles son víctimas inocentes y que las autoridades gobernantes (gobierno o rebeldes) están ansiosos por ver que se les asista. El segundo enfoque es el de “humanitarianismo” diplomático y neutral del CICR. Este se basa en una premisa similar de que los beligerantes cumplirán sus obligaciones emanadas de las Convenciones de Ginebra con respecto a los civiles y a facilitar la asistencia”⁸⁸

Es aquí donde la actividad de la OLS se vuelve problemática. Resulta muy difícil hablar de “buena fe” cuando diversos grupos se encuentran en guerra y manipulan el hambre como un arma. Esto sucede en Sudán. En realidad, las partes han tratado de obtener de la OLS el máximo provecho para sí mismas. Por esta razón han manipulado a su conveniencia los principios.

Con el tiempo, en la OLS emergieron y se fueron distinguiendo dos sectores operacionales: el norte y el sur. El sector norte es el más directamente controlado por el gobierno. Su centro de operaciones se encuentra en Jartum. En el sector sur, la UNICEF

⁸⁷ African Rights, *Food and power*..., p. 124

⁸⁸ African Rights, *Food and power*..., p. 124

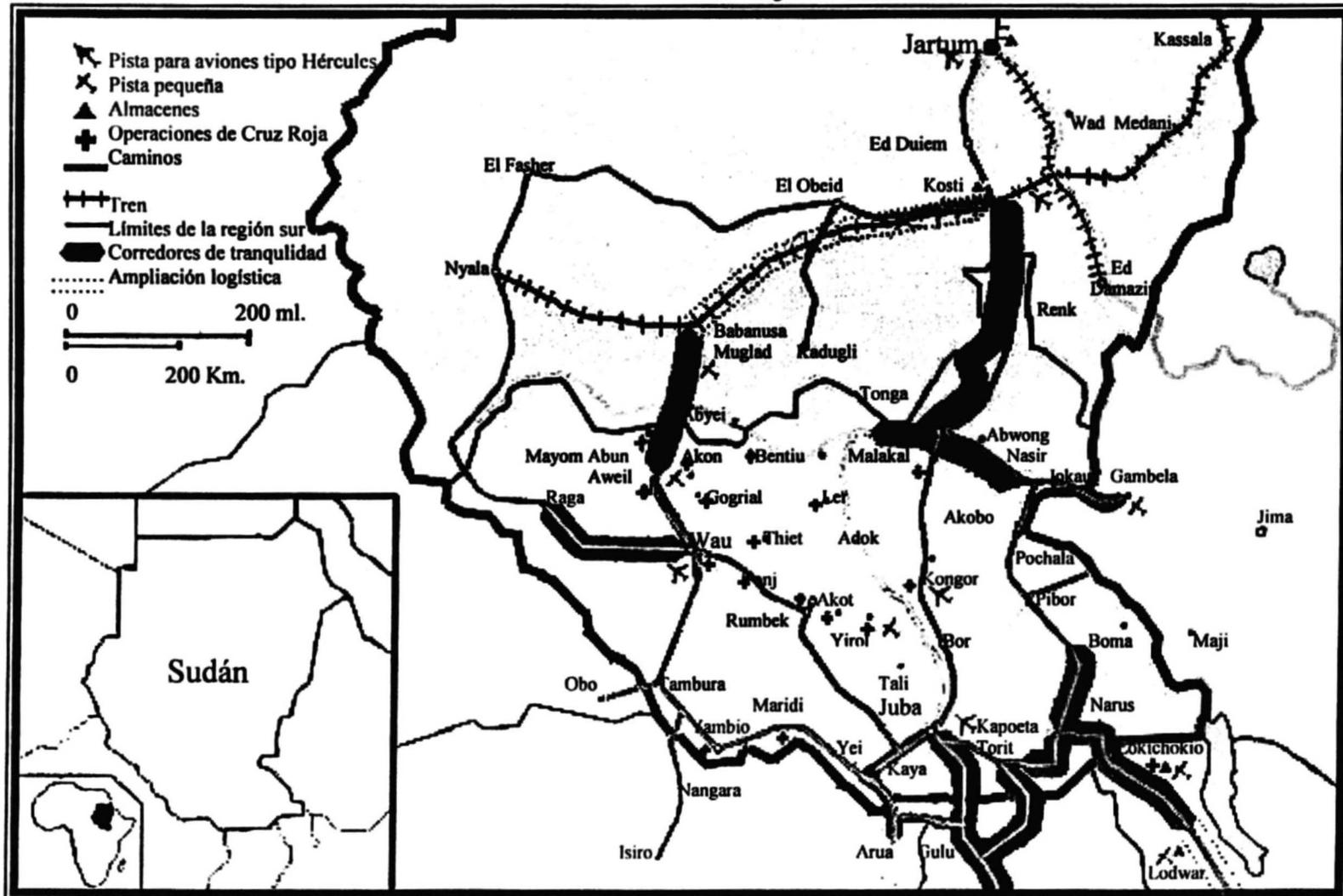
coordina las operaciones desde Kenia (a partir de Nairobi, la capital, y de Lokichokio, una población fronteriza con Sudán). La separación entre ambos sectores es un reflejo de que en el país de un territorio controlado por el gobierno y uno donde los grupos rebeldes han adquirido enorme importancia.

Se pueden distinguir dos fases en la historia de la OLS. La primera va desde su inicio en 1989 hasta 1992. Esta etapa incluyó las llamadas OLS I (abril a agosto de 1989) y OLS II (marzo a diciembre de 1990). En 1991 se trató de establecer un acuerdo para una OLS III, pero no se logró. Sin embargo, las operaciones continuaron con el mismo nombre de *Lifeline* Sudán.

En buena medida, la naturaleza actual y la forma como trabaja la OLS obedecen a los arreglos establecidos en el período inicial. Los rasgos fundamentales de *Lifeline* Sudán en su primera etapa fueron dos. Por una parte, la OLS fue concebida en un principio como una operación de tiempo limitado, sin planes para el largo plazo. En 1989 se pensó que la emergencia sería de corto plazo y por tanto la intervención sería sólo temporal. Sin embargo, la OLS se extendió a lo largo del tiempo hasta volverse permanente debido a la prolongación de la guerra y la continua presencia del hambre en el país. Esto implica la necesidad de una constante redefinición de las metas de la OLS de acuerdo con las situaciones particulares a las que se enfrenta.

Otra característica fundamental de esta primera fase fue el establecimiento de los denominados *corredores de tranquilidad*. Estos eran líneas fijadas en la zona de conflicto a través de las cuales la ayuda podía pasar de forma segura para llegar hasta la gente que la requería. En la primera etapa, los corredores fijos fueron la vía principal para la entrega de la ayuda (*Mapa 7*).

Mapa 7
OLS. Primera fase



Pronto comenzaron a surgir dificultades. Por una parte, se intensificaron los combates en el sur, tanto entre las fuerzas gubernamentales y el SPLA como entre las distintas facciones rebeldes. Para mediados de 1992, la OLS en su Sector Sur solo tenía acceso a siete emplazamientos. La crisis era de tal magnitud que incluso se especulaba acerca de la posible “muerte” de la Operación.

Para seguir funcionando, la OLS debió realizar algunos cambios significativos. En parte, las redefiniciones reflejaban la persistencia de la crisis, así como un cambio en el interés político internacional en Sudán y hacia el SPLM/SPLA en particular. Asimismo, respondían también a las nuevas condiciones de la guerra.

A diferencia de la primera fase, en esta segunda etapa los corredores fijos perdieron sentido a causa de la faccionalización del SPLA. Por ello se volvió necesaria la continua negociación de un acceso flexible, a través de corredores abiertos, trazados de acuerdo con las necesidades estimadas en cada momento.

En lo relativo a las operaciones, se dejó de concebir la ayuda como la mera dotación de bienes. Entonces se comenzaron a manejar tareas más complejas, relacionadas con el desarrollo, en sentido amplio. Surgió así un creciente interés por nociones como la rehabilitación, la construcción de capacidades y la protección de los derechos humanos. De esta manera se produjo el cambio de una operación de respuesta ante una crisis temporal a un programa más regular y orientado hacia el desarrollo.

De los principios a la acción

Desde un primer momento, el soporte de la OLS han los principios humanitarios, al menos en la teoría. Los principios humanitarios que guían a *Lifeline* Sudán en el sector sur se

encuentran codificados en el Acuerdo Sobre las Reglas de Operación, firmado por la OLS y las fuerzas rebeldes el 23 de marzo de 1994. Entre los principios básicos se cuentan los siguientes:

- La ayuda debe ser neutral, es decir, no debe favorecer a ninguna de las partes involucradas
- La ayuda debe llegar a todas las poblaciones necesitadas, sin importar dónde se encuentren.
- La asistencia humanitaria debe trabajar en beneficio exclusivo de los civiles.
- Todas las acciones y actividades humanitarias deben ser transparentes y deben realizarse con el conocimiento de todas las partes.⁸⁹

A pesar de la importancia de estos principios en la teoría y el discurso, la acción humanitaria ha sido por completo distinta en la práctica. Cada una de las partes involucradas tiene intereses propios, los cuales modelan a e influyen en la actividad política e institucional de los actores centrales. De esta manera, los principios se enfrentan a contradicciones y obstáculos políticos. El acceso a la ayuda sólo se puede establecer de acuerdo con los intereses y las posiciones de poder de las partes en conflicto.

Para la OLS, una de las reglas básicas es la neutralidad. Sin embargo, es también uno de los principios más difíciles de sostener. De acuerdo con este concepto, es necesario un acercamiento equilibrado a los protagonistas del conflicto, básicamente el gobierno y el SPLA, incluyendo a sus distintas facciones. Llevar a la práctica esta idea no resulta fácil. En la acción cotidiana, la neutralidad se interpreta como la distribución de cantidades iguales de ayuda para ambas partes. Por ello se han generado distintos problemas para la población en

⁸⁹ Bradbury, et. al., *The 'Agreement on Ground Rules' in South Sudan*

general. Sobre todo, se ha facilitado el fortalecimiento y la radicalización de las partes en conflicto, entre ellas y respecto de la sociedad.

Normalmente, la ayuda beneficia en primera instancia a los sectores más fuertes. Le da más poder a quienes ya son poderosos. Por esta razón, como afirma Tony Vaux, “la ayuda humanitaria ha sido neutral entre las dos partes, pero no imparcial entre la gente necesitada. Los favorecidos por el liderazgo de Jartum y del SPLA se beneficiaron de manera desproporcionada”⁹⁰.

El régimen obtiene distintos beneficios de la ayuda destinada a las víctimas del hambre. Como se mencionó en el segundo capítulo, la presencia militar de las fuerzas gubernamentales se ha concentrado en pocas plaza en el sur, sobre todo Juba, Wau y Malakal. *African Rights* documenta cómo la ayuda humanitaria ha sido un factor decisivo para mantener estos emplazamientos. En consecuencia, la asistencia alimentaria es uno de los factores que han permitido al gobierno sudanés conservar en su poder estos emplazamientos.

También el SPLA se ha visto beneficiado por la asistencia humanitaria. En las áreas dominadas por las fuerzas rebeldes es un hecho muy común el robo de la ayuda por parte de distintas facciones armadas. El desvío de la ayuda es un factor clave para el funcionamiento de los grupos rebeldes.

Tanto el gobierno como el SPLA cometen abusos en contra de la OLS y manipulan la ayuda destinada al país, tratando de obtener el mayor beneficio posible. Cuando se hace un recuento de los abusos, ambas partes recurren a distintas justificaciones. Los mandos del SPLM/SPLA generalmente insisten en que las arbitrariedades son responsabilidad de los individuos y no del movimiento como tal. Por su parte, el gobierno invoca el principio de

⁹⁰ Tony Vaux, *The selfish altruist*, p. 85

soberanía como el factor que guía su actuación, y argumenta que sólo procede como respuesta al SPLA.

La restricción del acceso a la ayuda se cuenta entre los abusos más recurrentes por parte del gobierno. Las autoridades de Jartum rigen el acceso de la población a la ayuda en las áreas que mantiene bajo su control (es decir, el norte del país). En las áreas donde el gobierno y la guerrilla disputan el control, las autoridades también pueden manejar el acceso humanitario a través de medidas como la prohibición de vuelos donde se transporta la ayuda. El continuo recurso a esta medida constituye un obstáculo importante para la OLS.

Otro gran obstáculo para el buen funcionamiento de la ayuda ha sido la desviación de los recursos provenientes de la OLS. La ayuda es incautada constantemente, tanto por el gobierno como por las facciones rebeldes. El desvío puede ocurrir tanto antes como después de alcanzar a la población a la cual se dirige.

A esta manipulación de la ayuda por parte del gobierno central y de las fuerzas rebeldes en el sur se suman otros factores por los cuales las actividades humanitarias siguen siendo poco efectivas. En este caso, deben señalarse los problemas institucionales propios de la OLS misma, que han limitado su impacto positivo en el área de conflicto.

Los problemas institucionales

Debido a la magnitud de los problemas alimentarios en Sudán, muchas veces se ha señalado que los recursos de la OLS resultan insuficientes para satisfacer todos los requerimientos de las personas afectadas por el hambre. Sin embargo, distintas fuentes coinciden en señalar que la OLS sí ha logrado reunir cantidades considerables, en particular en ciertos momentos.

African Rights sostiene que

“contrariamente a las afirmaciones de muchos trabajadores humanitarios, Sudán ha recibido su parte de atención y recursos internacionales (al menos comparado con otros países de África) (...) Casi todas las grandes agencias de ayuda tienen una operación en Sudán. La ONU ha estado muy involucrada”⁹¹.

Por su parte, Rhodes señala lo siguiente:

“Considerando que la OLS había estado trabajando continuamente en el sur de Sudán por casi nueve años y que en un período en 1998 recibió cerca de \$1 millón al día en fondos para sus operaciones, la muerte de más de 100.000 personas en Bahr el Ghazal en 1998 sugiere deficiencias significativas en el sistema de la OLS”⁹².

Según distintos autores, estos recursos podrían ser utilizados de manera más eficiente y efectiva para obtener mejores resultados en la lucha contra el hambre⁹³. Las agencias encargadas de la ayuda tienden a señalar las acciones del gobierno y los grupos rebeldes como causa de las deficiencias en el funcionamiento de la OLS. Por ejemplo, argumentan que si la asistencia no tiene el impacto deseado es debido a las prohibiciones aéreas gubernamentales o por el robo de la ayuda por parte de las distintas facciones rebeldes. Sin embargo, esta explicación no es suficiente. Para entender lo que en realidad sucede, es necesario prestar atención al funcionamiento del sistema de ayuda mismo y a las deficiencias en el manejo de la propia OLS.

En 1990, un equipo de investigadores encabezado por Douglas Johnson realizó una evaluación del funcionamiento de la OLS en Yiron (norte de Bahr el Ghazal). El estudio concluyó que la Operación había actuado con retraso y no había llegado a las áreas más golpeadas por la hambruna. También consideró que el mejor tipo de asistencia para el área no necesariamente sería la entrega de grandes cantidades de alimentos, sino más bien el

⁹¹ African Rights, *Food and power in Sudan*, p. 3

⁹² Rhodes, *Famine politics and the cycle of relief failure*..., p. 9

⁹³ Ver, por ejemplo, Rhodes, *Famine politics and the cycle of relief failure*, Luka Biong Deng, *Famine in the Sudan: Causes, preparedness and respons*, Duffield, Keen, et. al. *Tracing unintended consequences of humanitarian Assistance*

desarrollo de estrategias que permitieran revivir la economía local⁹⁴. Más de una década después, la situación no ha mejorado y se siguen manifestando los mismos problemas.

Uno de los obstáculos para el funcionamiento de la OLS ha sido la falta de coordinación entre los organismos involucrados. *Lifeline* Sudán es una operación enorme en términos del espacio geográfico que abarca, la cantidades de personas a quienes se dirige y el número de agencias participantes. Por todo ello, sería necesario un gran esfuerzo de enlace en aspectos como la elaboración de programas y planes de acción, la forma de entablar relaciones con las autoridades locales, el manejo de la información, el establecimiento de estándares de calidad, entre otros. Lamentablemente no existe una verdadera coordinación al interior de la OLS. Algunas organizaciones, sobre todo las más grandes, como la UNICEF, el Programa Mundial de Alimentos (PMA) u Oxfam, mantienen una buena comunicación entre sí. Sin embargo, otros organismos, en especial los más pequeños tienen poco contacto. La falta de coordinación puede tener resultados muy negativos, los cuales se agudizan cuando se presenta una crisis importante.

Los problemas mencionados se complican por la competencia que muchas veces se establece entre los organismos de socorro. Algunos autores⁹⁵ afirman que, en general, estas organizaciones no se han mostrado muy dispuestas a compartir sus poderes y prerrogativas, reforzados a medida que el sistema de ayuda humanitaria se desarrolla y consolida. Entre las ONG existe una tendencia a desanimar a las organizaciones nuevas que intenten entrar en su espacio operacional. A pesar de sus consecuencias negativas, este hecho no ha sido atendido por la OLS.

⁹⁴ Rhodes, *Famine politics and the cycle of relief failure*.... p. 11

⁹⁵ Biong Deng, *Famine in the Sudan: Causes, preparedness and response*

Una vez que las organizaciones humanitarias colocan la ayuda en la zona afectada, surgen nuevos problemas. Uno de los más importantes es el de la distribución. Es un hecho que la asistencia humanitaria no ha alcanzado a toda la gente que lo requiere. Desde su fundación, la OLS no ha logrado un reparto acorde con la vulnerabilidad real de la población. La dificultad para lograrlo ocurre en varios niveles y se relaciona tanto con la forma en que trabaja la OLS como con las condiciones de poder en la región.

En el plano regional, la distribución de la ayuda alimentaria en las distintas provincias del sur de Sudán no refleja las verdaderas condiciones de vulnerabilidad. Bahr el Ghazal, la zona más poblada y afectada por el hambre, recibía antes de 1998 menos entregas de alimentos por parte del PMA que otras regiones. En cambio, el Alto Nilo, menos poblado y con una situación más estable, obtiene apoyos proporcionalmente más elevados. Por ejemplo, Bahr el Ghazal recibió en 1994 apenas el 51% de la ayuda otorgada al Alto Nilo, y en 1995, el 54%⁹⁶. Esto se relaciona con la forma como se ha entendido el principio de neutralidad. A partir de la división del SPLA en 1991, la OLS se ha preocupado por demostrar que no favorece a ninguna de las facciones rebeldes. Para ello, otorga ayuda en cantidades más o menos semejantes a las áreas controladas por los distintos grupos, independientemente de lo numeroso de las poblaciones que habiten esas zonas o de sus necesidades reales.

La situación no es mucho más equitativa al interior de cada comunidad. En este nivel tampoco se ha conseguido entregar la ayuda a las personas más necesitadas, a pesar de la formación de comités "ciudadanos" responsables de la distribución de los recursos. En muchos casos, los miembros de estos comités actúan guiados por sus propios intereses:

⁹⁶ Biong Deng. *Famine in the Sudan: Causes, preparedness and response*, p. 71

distribuyen la ayuda entre sus familiares y conocidos y tratan de privilegiar la ayuda para la población local, dejando en un segundo plano a los desplazados que lleguen al lugar.

Las consecuencias negativas de los problemas de distribución se complican debido a la mala calidad de muchos de los alimentos e insumos ofrecidos por las agencias. Esto reduce aún más las posibilidades de que la ayuda cumpla con los requerimientos mínimos de la población a la cual debe dirigirse. Los resultados pueden llegar a ser muy nocivos cuando se combinan con el frecuente desconocimiento de las formas adecuadas de utilización de estos insumos por parte de la población local.

Luka Biong Deng refiere el siguiente ejemplo de la dudosa calidad de los bienes distribuidos.

“En los primeros meses de la hambruna, la mayor parte de la comida distribuida por el PMA era harina de trigo. La población local tiene un conocimiento limitado sobre su preparación y por tanto se registraron casos de diarrea debidos a la deficiente preparación y cocción. Durante los meses de enero a julio el cereal distribuido por el PMA era principalmente maíz duro importado que requería considerables esfuerzos para molerse; como la mayoría de la gente estaba demasiado débil terminaba por hervir el maíz para el consumo; este maíz hervido se hacía difícil de digerir y también provocaba el aumento de los casos de diarrea y muerte”⁹⁷.

En su gran mayoría, estos alimentos distribuidos por la OLS son importados, lo cual tiene consecuencias negativas. Por una parte, los costos de operación se elevan notablemente. Al mismo tiempo, se van distorsionando las preferencias y hábitos de las comunidades, antes acostumbradas a alimentos locales. Además, se socavan los intentos de consolidar relaciones de mercado entre las zonas que han podido generar excedentes en su producción agrícola (como Ecuatoria Occidental) y las regiones con déficit de alimentos, como Bahr el Ghazal. Algunas de las ONG, como CARE y CONCERN compran de manera regular cantidades limitadas de cereales producidos en Ecuatoria Occidental para venderlos

⁹⁷ Luka Biong Deng, *Famine in the Sudan: Causes, preparedness and response*, p. 73

al PMA y que este a su vez los utilice en el área de Bahr el Ghazal. Sin embargo, estos intentos no se han difundido a gran escala.

Una parte importante de los alimentos que llegan a las áreas afectadas por el hambre se canaliza a través de centros de alimentación. Estos tienen problemas similares a los que se registran con el resto de la ayuda: no tienen el alcance suficiente, están centralizados, operan de manera tardía y muchos de los insumos con los que cuentan son de mala calidad. Todos esos factores contribuyen a aumentar los niveles de mortalidad relacionados con el hambre.

Existen dos tipos de centro de alimentación: los suplementarios y los terapéuticos⁹⁸. Su cobertura en Sudán es baja si se compara con la población que deben atender, ya que las instalaciones no cuentan con la capacidad para recibir a todas las personas que lo necesitan. Tampoco aquí se utilizan con eficiencia los recursos. Por ejemplo, durante la hambruna de 1998, muchos niños que por sus condiciones debieron ser admitidos en los centros terapéuticos eran canalizados a los centros de alimentación suplementaria, debido a la falta de cupo. Ahí, no recibían la atención adecuada. Además, los programas no cubrían todos los estándares aceptados a nivel internacional para el tratamiento terapéutico, los cuales sí se aplicaban en países con restricciones operativas similares a las del sur de Sudán como Liberia, Somalia y Burundi.

⁹⁸ A grandes rasgos, existen dos tipos de programas de alimentación para las personas afectadas por el hambre: la alimentación suplementaria y la alimentación terapéutica. La alimentación suplementaria está destinada a las personas con desnutrición menos severa. Puede manejarse a través de la entrega de alimentos suplementarios especiales (una ración semanal de harina enriquecida) a ciertos grupos (en especial mujeres y niños) para que se use en sus casas. También puede funcionar por medio de centros de alimentación suplementaria, donde se ofrece diariamente a la gente alimentos preparados para su consumo en el mismo centro. La alimentación terapéutica está destinada a los casos más severos de desnutrición. Los centros de alimentación terapéutica ofrecen a los pacientes la provisión especializada e intensiva de alimentos y cuidado médico. Los pacientes internados en este tipo de centros reciben leches terapéuticas adecuadas a sus necesidades metabólicas individuales, así como atención médica intensiva.

Otro grave problema en los centros de alimentación es el descuido de la población adulta. La falta de atención para los adultos y adolescentes con desnutrición ha sido una característica de la mayoría de las acciones contra el hambre en el mundo. Generalmente se considera que los niños constituyen el sector más vulnerable. Sin embargo, en el sur de Sudán existe evidencia de una creciente mortalidad por hambre entre los adultos. Por ejemplo, en 1998,

“en Ajiép, el epicentro de la hambruna en el sur de Sudán, de manera sorprendente las tasas de mortalidad de los adultos y la población menor de cinco años registradas en agosto fueron muy similares. De hecho, de las últimas 513 muertes registradas antes del 28/8/98, 231 fueron de menores de 20 años y 282 fueron mayores de 20 años de edad. Más aún, en algunas áreas donde todavía existen campos de ganado, la evidencia anecdótica sugiere que la población de menos de cinco años puede ser menos vulnerable que los niños más grandes (quienes pueden no tener acceso a la leche de vaca y a productos lácteos)”⁹⁹.

A pesar de esto, los adultos reciben poca atención y cuentan con pocos centros de alimentación terapéutica. Debido al descuido de este sector, no es raro que en una situación de emergencia alimentaria las raciones destinadas a los niños a través de los programas suplementarios sean divididas entre toda la familia para tratar de cubrir las necesidades.

La existencia de centros de alimentación y otros mecanismos centralizados de distribución de ayuda por parte de la OLS provoca que a los desplazamientos de gente en busca de trabajo o de condiciones más seguras se sumen los movimientos de quienes acuden a los centros de distribución con la esperanza de obtener ayuda. En estos centros, así como en las poblaciones que los rodean, generalmente no existen sistemas sanitarios ni de agua potable adecuados para hacer frente a la concentración de personas.

Esto se relaciona con otro tema. Como ya se ha señalado, una hambruna implica la conjunción de numerosos problemas. Por regla general, el hambre se presenta acompañada

⁹⁹ Peter Salama y Steve Collins, “An ongoing omission: adolescent and adult malnutrition in famine situations”, p. 21

de otras complicaciones distintas a la mera carencia de alimentos. Las personas, sobre todo los desplazados, no cuentan con albergue ni abrigo. Además, muchas veces han perdido sus pertenencias personales más básicas, incluyendo utensilios domésticos. Sin embargo, debido a las propias condiciones existentes durante una hambruna, la atención se centra fundamentalmente en la entrega de alimentos y los otros rubros son desestimados. Por tanto, los suministros distintos de los alimentos son en general tardíos, inadecuados y de baja prioridad. Esto ocurre incluso en la fase temprana de la hambruna y el desplazamiento, cuando la atención de rubros distintos de la alimentación puede ser fundamental para disminuir la mortalidad. Por ejemplo, durante la hambruna de 1998, la gente tuvo que recurrir al uso de sacos vacíos de las entregas del PMA como cama y abrigo. A pesar de ello, en general no se distribuían cobertores entre la población desplazada. La gente tampoco contaba con utensilios básicos, como enseres de cocina o recipientes para guardar agua. Estas situaciones derivan en problemas sanitarios que pueden hacer aumentar el número de muertes registradas durante una hambruna, como se señaló anteriormente.

Un descuido similar y también muy dañino se registra en el ámbito de la distribución de insumos para la producción agrícola, tales como instrumentos de trabajo o semillas. El fomento de actividades productivas podría tener un papel importante para lograr romper el círculo vicioso del hambre. Por ello, muchas organizaciones lo han convertido en un tema central de su agenda. Sin embargo, la entrega de insumos ha sido también tardía, inapropiada, en cantidades insuficientes, y ha carecido de organización. Incluso, en distintas ocasiones se ha afirmado que las organizaciones internacionales entregan semillas y herramientas de baja calidad¹⁰⁰. Lejos de ayudar, esto ha provocado un enorme desperdicio de recursos en términos de insumos y tiempo y trabajo de los agricultores. Con la ayuda

¹⁰⁰ Luka Biong Deng, *op. cit.*

adecuada, estos recursos habrían podido, efectivamente, aportar algo para la solución del problema.

En resumen, tanto lo alimentos como otros insumos llegan casi siempre con retraso a las zonas donde se requieren. Paradójicamente, no sucede lo mismo con los artículos destinados al consumo del personal extranjero de las organizaciones humanitarias.

“Mientras que a los artículos de emergencia no alimentarios tenían baja prioridad en las entregas por puente aéreo de la OLS durante 1998, los suministros (agua mineral, alimentos frescos, bebidas, etc.) para los campos de los expatriados y el personal de las ONG y la ONU que trabajan en Sudán paradójicamente siguió siendo una prioridad, que a veces alcanzaba más del cuarenta por ciento de todas las entregas aéreas”¹⁰¹.

El costo de mantenimiento de los campos de las organizaciones humanitarias en el sur de Sudán, incluyendo oficinas y viviendas separadas del resto de la comunidad, es muy alto. Este hecho se relaciona con la práctica de dichos organismos de emplear una cantidad excesiva de personal extranjero para realizar labores que los propios sudaneses podrían realizar.

Esta situación deriva del enfoque marcadamente occidental de la ayuda humanitaria. La OLS es un fenómeno occidentalizado tanto en propiedad como en estilo. Como señala Alex de Waal, la Operación “fue propuesta, diseñada e instrumentada casi completamente por las agencias internacionales de ayuda”¹⁰², y por tanto su funcionamiento no siempre corresponde a las necesidades y expectativas de la población a la cual se dirige. Por el contrario, al otorgar recursos económicos a través de la Operación, los donadores van transfiriendo también valores, actitudes y formas de comportamiento. Los términos de la asistencia son establecidos por las organizaciones occidentales y muchas veces no tienen relación con las necesidades y expectativas de la gente.

¹⁰¹ Luka Biong Deng, *op. cit.*

¹⁰² Alex de Waal, *Famine crimes*, p. 97

La imposición de las preocupaciones occidentales sobre los beneficiarios de la ayuda es algo frecuente. Existen numerosos ejemplos de este tipo de decisiones.

“En los cuarteles del sector sur de la OLS en Nairobi, la UNICEF decidió implementar un programa para controlar la fiebre hematórica. Esto, por sí mismo, parecería un objetivo admirable, de no ser por el hecho de que, como la evaluación de 1990 de la OLS señaló, la gente de Yirol estaba sufriendo mucho más a causa de la tripanosomiasis (enfermedad del sueño), una enfermedad que podía ser curada muy fácilmente por los habitantes locales con un mínimo de gastos o experiencia, en comparación con los remedios requeridos para la fiebre hematórica, los cuales eran costosos y requerían de tiempo.”¹⁰³

Otro ejemplo fue la campaña contra la polio realizada entre marzo y abril de 1998. Esta coincidió con la primera fase de la hambruna que tuvo lugar ese mismo año en Bahr el Ghazal. Biong Deng señala que

“aunque la polio es una gran preocupación en el sur de Sudán, no es de ninguna manera una de las prioridades más urgentes (...) La campaña contra la polio fue un claro caso de una agenda occidental impuesta por la fuerza como una prioridad en una situación en que la gente estaba al borde de una hambruna inminente. La UNICEF como agencia líder de la OLS abrazó ciegamente esta campaña y la convirtió en su prioridad dominante en vez del hambre, lo cual comprometió el manejo y la respuesta de la OLS ante la apremiante hambruna.”¹⁰⁴

Situaciones de este tipo distraen recursos tanto económicos como humanos que pueden ser más útiles en otros ámbitos. Esto muestra cómo la efectividad de la respuesta de la OLS se ha visto reducida a causa de errores en la planeación de los programas, provocados por una fuerte perspectiva occidental. Tanto las concepciones acerca de la ayuda como la forma de ponerla en marcha han tenido distintos resultados en el interior de Sudán.

¹⁰³ Luka Biong Deng, *op. cit.*

¹⁰⁴ Luka Biong Deng, *op. cit.*, p. 81

El impacto político de la ayuda humanitaria

Además de su impacto en la alimentación de las personas, la ayuda humanitaria influye también en el desarrollo de las relaciones sociales y políticas en el país. En diversos ámbitos la ayuda ha tenido consecuencias más allá de las simples cuestiones humanitarias. Sobre todo, ha contribuido a consolidar y reafirmar situaciones relacionadas con las relaciones de poder que existen en el país.

Al hablar de la influencia de la ayuda en el ámbito social y político, no debe perderse de vista un hecho fundamental. La asistencia humanitaria funciona dentro del marco de procesos sociales y políticos más amplios. La situación se puede representar como un círculo donde la ayuda por una parte es modelada por los desarrollos sociopolíticos, pero al mismo tiempo contribuye a dar forma a esos mismos procesos.

Esto se manifiesta en el ámbito ideológico. En una actitud profundamente racista, a nivel internacional se tiende a pensar que las personas atacadas por el hambre no pueden hacer nada por sí mismas y por tanto solo les queda recurrir a los organismos internacionales. Desde esta perspectiva, se piensa que todo debe llegar del exterior, desde la comida y las medicinas hasta los planes y las estrategias para enfrentar el hambre. Quien otorga la ayuda se toma el derecho de decidir a nombre de los beneficiarios.

Estas circunstancias se reflejan en aspectos tan elementales como el lenguaje. Los beneficiarios de la asistencia son los *receptores*, es decir, la parte pasiva: en cambio, el donador es la parte activa y emprendedora. La población local *es consultada* o puede *participar* en la planeación de las acciones humanitarias, pero a fin de cuentas el poder de decisión real está en manos de otros, en este caso, de los donadores y las agencias

encargadas de la ayuda. Ello, sin importar que se está decidiendo acerca de la vida de las poblaciones locales.

En realidad, existe una profunda resistencia a devolver a la población la toma de decisiones. Este fenómeno se encuentra muy relacionado con una concepción en extremo discriminatoria de las personas a quienes se dirige la ayuda. Como en muchos otros asuntos, en lo relacionado con la asistencia humanitaria aparece con frecuencia el problema del racismo. En palabras de Jok Madut Jok:

“Aquí es donde surge el tema del poder y la dignidad. Está relacionado con la atmósfera general de superioridad que los trabajadores de socorro suponen que reflejan (...) Es como decir: bueno, ellos son quienes necesitan nuestra ayuda, por tanto deben permitirnos hacer lo que pensamos que es bueno para ellos”¹⁰⁵

Generalmente se maneja una caracterización peyorativa de las personas afectadas por el hambre. Muchas veces se subraya la responsabilidad de la gente respecto del caos que puede presentarse durante una crisis y se les acusa de ser desordenados, indolentes y de depender de la ayuda para salir de sus problemas. A menudo se afirma que con la ayuda alimentaria se ha fomentado la dependencia de la gente. Sin embargo, esta idea no tiene fundamento. En realidad, los montos de la ayuda no podrían favorecer esa supuesta dependencia:

“Se estima que en todo Sudán se entregaron 360.000 toneladas de alimentos a 4.7 millones de víctimas de la guerra y la sequía de 1992 a 1998. Esto implica un promedio de 11 kilos por año durante siete años para cada individuo, o 7.5% de los requerimientos alimentarios anuales de una persona”¹⁰⁶.

Si bien algunas personas obtienen asistencia por encima de ese promedio, otras alcanzan menos y otras ni siquiera reciben ayuda. las cifras permiten poner en perspectiva la

¹⁰⁵ Jok Madut Jok. “Information exchange in the disaster zone”, p. 210

¹⁰⁶ Duffield, Keen, et. al. *Tracing unintended consequences of humanitarian Assistance*, p. 34.

magnitud de la asistencia humanitaria y cuestionar el prejuicio de que la gente prefiere recurrir a la ayuda que trabajar para obtener sus propios medios de subsistencia.

Las actitudes racistas cobran mayor importancia debido a que los protagonistas en el diseño y puesta en marcha de las operaciones humanitarias en Sudán son los extranjeros. La OLS puede verse actualmente como una “propiedad” de las organizaciones occidentales. La participación tanto de las comunidades locales como del gobierno en realidad ha sido mínima. Como afirma African Rights, “la renuncia a favor de las ONG internacionales fue un paso vital; en efecto, hizo que la hambruna pasara de ser propiedad política del pueblo sudanés a ser “posesión” de las agencias internacionales”¹⁰⁷.

Esto trajo consigo un cierto grado de despolitización del tema del hambre. Al tener como eje la actuación de organizaciones de corte asistencial, sobre todo extranjeras, se buscó atender las consecuencias de la escasez de alimentos. Sin embargo, se hizo a un lado el origen del problema. La preocupación fundamental de las agencias humanitarias es la ayuda, no la actividad política. Paradójicamente esto tiene importantes consecuencias políticas.

Las cuestiones humanitarias no pueden separarse de lo político. Como señala Mark Duffield, la ayuda constituye en los hechos una relación de gobierno, ya que “integra una serie de intervenciones, técnicas y estrategias (...) que para producir los resultados deseados tienen el poder de reordenar las relaciones entre la gente y las cosas”¹⁰⁸. Es decir, las formas específicas de *ayudar* a las personas implican que sobre ellas se ejerce una determinada autoridad. Por lo tanto, a pesar del discurso, la labor de las organizaciones de asistencia que trabajan en Sudán ha implicado el desgaste del poder real de la gente afectada por el hambre.

¹⁰⁷ African Rights. *Food and power*, p. 52

¹⁰⁸ Mark Duffield. “Aid and complicity: the case of war-displaced southerners in the Northern Sudan”, p. 83

Sin embargo, no se debe olvidar que quienes son atacados por el hambre se encuentran ya en una situación de pérdida del poder.

La ayuda tiende a reforzar situaciones previamente existentes. Esto sucede en el relación con la guerra. El conflicto armado comenzó hace años en circunstancias sin relación con la ayuda internacional. Prácticamente no hubo asistencia humanitaria en el sur de Sudán durante la primera etapa de la guerra civil y en los primeros años de la segunda fase. Sin embargo, a partir del surgimiento de la ayuda como un tema central en la agenda, el conflicto sudanés se ha avivado. Como se vio en las páginas anteriores, a través de la ayuda las partes en conflicto han podido obtener parte de los recursos que les permiten seguir funcionando.

Por una parte, sin la ayuda internacional el gobierno habría tenido más problemas para abastecer sus emplazamientos en el sur del país. Además, gracias a los recursos provenientes del exterior, el régimen ha podido aparentar cierto nivel de preocupación por el bienestar de sus habitantes. Por tanto, las autoridades han podido resistir con éxito, al menos en alguna medida, las implicaciones que en otras circunstancias podría tener sus políticas autoritarias y sus prácticas que no gozan de popularidad entre grandes sectores de la población.

Para el SPLA la asistencia humanitaria también ha tenido cierto efecto legitimador. Hacia el exterior, los términos de la OLS han implicado un grado de reconocimiento internacional para el movimiento. Al mismo tiempo, en el ámbito interno ha permitido movilización de una buena cantidad de recursos en el territorio donde operan las fuerzas opositoras al gobierno.

Además, como los recursos obtenidos en forma de ayuda provienen de otros países, se ha ido reafirmando entre la población del sur del país un sentimiento de desinterés y abandono por parte del gobierno central. Este descuido de las autoridades de Jartum

contrasta fuertemente con la preocupación que organismos internacionales y gobiernos extranjeros han manifestado por los grupos del sur de Sudán a través del otorgamiento de asistencia humanitaria. En la medida en que la población local compara la actuación de las autoridades centrales y de los organismos internacionales, el gobierno ve aún más disminuida su legitimidad.

Esta situación ha traído consigo la erosión del poder tanto del gobierno central como del SPLM frente al exterior. Mientras estas dos entidades se muestran incapaces de responder al problema del hambre, los actores internacionales van adquiriendo un papel protagónico. Finalmente, este fenómeno se va a reflejar en el problema de la rendición de cuentas, el cual se ha convertido en un asunto fundamental en lo referente a la ayuda humanitaria.

Cuando se habla de rendición de cuentas, quien menos importa es la población sudanesa. El régimen de Jartum y las fuerzas rebeldes del sur han buscado la mejor manera de manipular la ayuda a favor de sus propios intereses, con el fin de consolidar sus posiciones de poder, y jamás se han hecho responsables frente a las comunidades locales. En cambio, con la asignación de recursos provenientes del exterior a través de la asistencia humanitaria, la comunidad internacional se preocupa cada vez más por exigir cuentas por parte del gobierno sudanés y del SPLM. Sin embargo, la rendición de cuentas ante actores extranjeros no es un fenómeno nuevo. Por el contrario, se hizo una práctica común debido a la presencia en Sudán de organismos financieros internacionales como el FMI.

Se puede afirmar, entonces que los procesos políticos relacionados con la ayuda internacional constituyen más bien la consolidación de fenómenos surgidos en Sudán a lo largo de la historia. Al mismo tiempo, ofrecen una confirmación de la distribución del poder existente desde etapas anteriores. La ayuda contribuye sobre todo a reforzar la formación

social existente. Sin embargo, también introduce nuevos elementos que en última instancia pueden destruir las redes sociales. Principalmente, esto puede ocurrir si los beneficiarios de la ayuda son convertidos en sujetos pasivos.

Conclusiones

El fenómeno de la hambruna no se puede explicar, como muchas veces se ha pretendido, por la simple determinación geográfica ni por azares naturales. El hambre es, sobre todo, una creación humana. El considerar que sus causas son “naturales” supone ignorar (o, más grave aún, tratar de ocultar) la existencia de procesos económicos y políticos que afectan de manera negativa a enormes grupos humanos. En última instancia, estos procesos pueden convertir en hambruna la escasez de alimentos en una región.

Entre quienes reconocen la influencia de la acción humana en el problema del hambre, algunos tienden a considerar que las crisis alimentarias se derivan de descuidos o hechos accidentales, o bien de errores en la planeación o en la aplicación de políticas nacionales. En el caso específico de Sudán, no hay ningún descuido. Por el contrario, la hambruna debe ubicarse como parte de una política gubernamental expresa y muy elaborada que busca atacar a los grupos socioculturales que obstaculizan la aplicación de su proyecto “nacional”. Esta política deriva, en última instancia, de las desigualdades que se viven al interior de la sociedad sudanesa.

A lo largo de la historia de Sudán como país independiente, se han alternado diversos períodos de regímenes civil y militares. Tanto unos como otros han sido incapaces de ofrecer a la población, en especial a la del sur, estabilidad y posibilidades reales de desarrollo. Las élites se han preocupado ante todo por su propio desarrollo y bienestar. Por ello, no han respondido de manera adecuada a las necesidades de la mayoría de los sudaneses. Tampoco han sido capaces de superar los enfrentamientos sectarios. Tal situación ha dificultado el avance democrático del país, y ha preparado el terreno para la continua presencia del

hambre. Este fenómeno sólo se puede entender en el marco de la profunda desigualdad y marginación de los habitantes de la región sur en su relación con el norte.

Uno de los grandes problemas en el país ha sido la guerra entre el norte y el sur. Este se ha prolongado durante mucho tiempo porque, lejos acceder a tratar las causas del problema, los regímenes centrales han buscado únicamente el aplastamiento militar de la guerrilla. Sin embargo, esta ha mostrado gran fuerza y se ha podido mantener en combate durante varias décadas.

Una de las razones para la política bélica del gobierno ha sido la lucha por dominar los recursos con los que cuenta el sur del país, como el agua y el petróleo. La competencia por los recursos ha sido un tema explosivo y difícil de resolver. Además, se ha combinado con la ideología de superioridad extendida entre las élites musulmanas del país. Por este motivo, el conflicto armado ha persistido y ha sobrepasado tanto a los gobiernos militares como a los democráticos que se han sucedido en Jartum. En última instancia, todos los regímenes se han mostrado intolerantes y represivos frente a la población del sur.

Una estrategia utilizada por el gobierno es la acción militar directa en contra de las poblaciones del sur. Esta se ha convertido en disparador de la hambruna. Entre las acciones militares emprendidas por el gobierno destacan los bombardeos, dirigidos en especial contra de la población civil, de los responsables de la ayuda internacional así como de hospitales. Las fuerzas militares gubernamentales han recurrido también al pillaje y el saqueo, atacando a población civil y en ocasiones atentando incluso contra las oficinas de organismos internacionales, como UNICEF o el Programa Mundial de Alimentos.

A esto se agrega la acción de milicias étnicas, apoyadas por el gobierno. Estos grupos atacan a las poblaciones locales saqueando, quemando casas y mercados, asesinando y capturando esclavos entre los civiles. Para ello, no sólo cuentan con la anuencia del

gobierno, sino también con su apoyo activo. Las autoridades les proporcionan armas y municiones y fomentan la colaboración con oficiales del ejército. La acción de los grupos paramilitares ha tenido muchos efectos negativos. En primer lugar, provoca la destrucción directa de la base alimentaria de la población. Además, las milicias constituyen un factor de ruptura de los procesos productivos, puesto que el uso sistemático de la fuerza y el consecuente temor entre la población civil impiden que las labores agrícolas se realicen de manera regular.

Al apoyar las incursiones de las milicias, el gobierno cumple con un doble objetivo. Por una parte, trata de ganar la guerra con un mínimo costo económico y político. Además, canaliza el descontento en contra de la gente del sur, y no contra del propio régimen. El argumento oficial de que este fenómeno se ha generado a causa de una rivalidad “tradicional” o “histórica” es falso. No se trata de una situación natural o inevitable, sino de una política planeada por el gobierno en el marco de la guerra

A su vez, los grupos rebeldes opuestos al régimen también han contribuido para extender la situación de conflicto y las condiciones favorables para la aparición periódica de la hambruna. Sumergidos en su propia lucha por el poder, los líderes rebeldes han cometido tantos abusos contra la población civil como el propio gobierno. Además, han aprovechado la guerra para buscar su propio beneficio político y económico, sin tener en cuenta a las bases que dicen representar.

El problema del hambre en Sudán difícilmente podría resolverse en el marco actual de la guerra, ya que ambos temas están muy relacionados. El cese del conflicto armado no necesariamente provocaría la desaparición del hambre. Sin embargo, sí facilitaría el combate de otros factores que contribuyen a generar las hambrunas. Principalmente, el fin de las hostilidades bélicas debería ser el reflejo de una situación de mayor equidad entre los

distintos grupos humanos que habitan en el país. Con un acuerdo de paz que en realidad respetara los derechos y las necesidades de los grupos hasta hoy marginados, sería más fácil combatir las causas más profundas del hambre.

Sin embargo, en este momento parecen poco probables tanto el fin de la guerra como la superación de las desigualdades. En este contexto, el hambre sigue siendo un fenómeno recurrente. Por este motivo, la ayuda internacional se ha vuelto de vital importancia para las personas afectadas. La asistencia humanitaria ha complicado aún más el panorama de la guerra y el hambre en el sur de Sudán, ya que se ha convertido en una parte de la denominada “economía política de la guerra”. El hecho de que la guerra en Sudán sea una “emergencia permanente” ha resultado muy benéfico para las élites, especialmente en un momento en que resulta difícil obtener otras formas de inversión proveniente del exterior.

La ayuda en sí misma no es la causa del conflicto, sino que ella misma obedece a las dinámicas sociales, políticas y económicas que se viven en Sudán. Igualmente, la ayuda no puede constituir más que un paliativo para el hambre, pues las causas se encuentran en otros factores, y en tanto no sean resueltos, no será posible encontrar una solución.

Bibliografía

- AFRICAN RIGHTS. *Food and power in Sudan. A critique of humanitarianism.* Londres, African Rights, mayo de 1997
- _____ *Imposing empowerment? Aid and civil institutions in Southern Sudan.* Discussion Paper no. 7, Londres, African Rights, diciembre de 1995.
- BIONG DENG, Luka. *Famine in the Sudan: Causes, preparedness and response. A political, social and economical analysis of the 1998 Bahr el Ghazal famine.* IDS Discussion Paper no. 369
- BRADBURY, Mark, Nicholas Leader y Kate Mackintosh. *The 'Agreement on ground rules' in South Sudan.* Humanitarian Policy Group Report 4, Londres, Overseas Development Institute, Marzo de 2002, D.E.: <http://www.odi.org.uk/hpg/papers/hpgreport4.pdf>
- BURTON, John W. "Development and cultural genocide in the Sudan", en *The Journal of Modern African Studies*, vol. 29, no. 3, 1991, pp. 511-520
- CUNY, Frederick y Richard B. Hill. *Conflict and response. A basic guide*, West Hartford, Connecticut, Kumarian Press, 1999.
- DE WAAL, Alex. *Famine Crimes. Politics and the Disaster Relief Industry in Africa*, African Rights and The International African Institute, Londres, 1997.
- DENG, Francis M. *War of visions. Conflict of identities in the Sudan.* Washington, The Brookings Institution, 1995.
- DENG, Francis M. y Larry Minnear. *The challenges of famine relief*, Washington, Brookings Institution Press, 1992.
- EL-AFFENDI, Abdelwahab. "The impasse in the IGAD peace process for Sudan: The limits of regional peacemaking?", en *African Affairs*, no. 100, octubre de 2001. pp.581-599
- FLUEHR-LOBBAN, Carolyn y Richard Lobban. "The Sudan since 1989: National Islamic Front Rule", en *Arab Studies Quarterly*, vol. 23, no. 2, primavera de 2001, p. 1-9.
- HANCE, William. *The geography of modern Africa.* Nueva York, Columbia University Press. 1965. Capítulo 9: The Republic of the Sudan, pp. 142-162
- HOLT, Peter Malcom y M. W. Daly. *The history of the Sudan. From the coming of islam to the present day.* Boulder, Colorado, Westview Press, 1979
- HUMAN RIGHTS WATCH. *Background paper on slavery an slave redemption, marzo de 1999.* D.E <http://www.hrw.org/backgrounder/africa/sudan1.htm>
- _____ *Famine in Sudan.* 1998, D. E.: <http://www.hrw.org/reports/1999/sudan>
- _____ *Slavery and slave redemption in the Sudan, marzo de 2002.* D. E. <http://www.hrw.org/backgrounder/africa/sudanupdate-print.htm>
- _____ "The train. Relief for the displaced in garrison towns, and slavery in Sudan". dentro del documento *Crises in Sudan and Northern Uganda.* D.E. http://www.hrw.org/campaigns/sudan98/testim/house-04.htm#P126_29105

- HUTCHINSON, Sharon Elaine. "A curse from God? Religious and political dimensions of the post-1991 rise of ethnic violence in South Sudan", en *The Journal of Modern African Studies*, vol. 39, no. 2, 2001, 307-331.
- INTERNATIONAL CRISIS GROUP. *Capturing the moment: Sudan's peace process in the balance*, Africa Report No. 42, Jartum, Nairobi, Bruselas, 3 de abril de 2002.
- _____. *God, oil and country. Changing the logic of war in Sudan*, ICG Africa Report no. 39, Bruselas, International Crisis Group Press, 2002 .
- JOK, Jok Madut y Sharon Elaine Hutchinson. "Sudan's prolonged second civil war and the militarization of nuer and dinka", en *African Studies Review*, vol. 42, no. 2, septiembre de 1999, pp. 125-145.
- JOK, Jok Madut. "Information exchange in the disaster zone: interaction between aid workers and recipients in South Sudan", en *Disasters*, vol. 20, no. 3, *****, pp. 206-215
- _____. "Militarism, gender and reproductive suffering: the case of abortion in Western Dinka, en *Africa*, vol. 69, no. 2, 1999, pp. 194-212.
- KEEN, David. *The benefits of famine. A political economy of famine and relief in southwestern Sudan, 1983-1989*. Princeton, Princeton University Press, 1994
- _____. "The political economy of war", en Stewart, Frances y Valpy Fitzgeral, eds, *War and underdevelopment. vol. I. The economic and social consequences of war*. Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 2001., pp. 39-66.
- _____. "The political economy of war with special reference to Sudan and Bahr el Ghazal", Baden-Baden, Nomos Verlagsgesellschaft, 1999.
- LAVERGNE, Marc, director. *Le Soudan Contemporain. De l'invasion turco-egyptienne à la rébellion africaine*. Paris, Karthala, 1989
- LOANE, Geoff y Céline Moyroud, eds. *Tracing unintended consequences of humanitarian assistance: the case of Sudan. Field study and recommendations for the European Community Humanitarian Office*. Baden-Baden, Nomos Verlagsgesellschaft, 2001
- LOBBAN, Richard. "A concise chronology of 1989-1999: ten years of the National Islamic Front", en *Arab Studies Quarterly*, vol. 23, no. 2, primavera de 2001, p. 115-130.
- LOCKE, Christopher y Fredoun Z. Ahmadi-Esfahani. "Famine analysis: a study of entitlements in Sudan, 1984-1985", en *Economic development and cultural change*, vol. 41, enero de 1993, pp. 363-376
- MACRAE, Joanna. "Purity or political engagement?: Issues in food and health security interventions in complex political emergencies". *The journal of humanitarian assistance*, 7 de marzo de 1998, D. E.: <http://www.jha.ac/articles/a037.htm>
- MÉDICOS SIN FRONTERAS. *Médecins sans Frontières-Sudan, october 1998*, D.E. www.msf.org/pressrel/sudan6b.doc, Anexo 1: "The (re)emergence of diseases".
- _____. *Violence, health and access to aid in Unity State/ Western Upper Nile*, abril de 2002, D.E.

http://www.doctorswithoutborders.org/publications/reports/2002/sudan_04-2002.pdf

- World in crisis. The politics of survival at the end of the twentieth century.
Routledge, Londres, 1997
- OXFAM. Sudan. A nation in the Balance. Oxfam, Oxford, 1996
- PRENDERGAST, John. "The political economy of famine in Sudan and the Horn of Africa", en Issue: a journal of opinion, vol. XIX, no. 2, verano de 1991.
- RACKLEY, Edward. "Displacement, Conflict, and Socio-Cultural Survival in Southern Sudan", en The Journal of Humanitarian Assistance, D.E.: <http://www.jha.ac/articles/a056.htm>
- RHODES, Tom. Famine politics ant the cycle of relief failure in Sudan's civil war: a case study of the OLS Relief Operation in the Bahr el-Ghazal famine, 1998, Global Politics Network, D.E.: www.globalpolitics.net
- SALAMA, Peter y Steve Collins, "An ongoing omission: adolescent and adult malnutrition in famine situations". ENN, Field Exchange, Febrero de 1999, p. 20, DE: <http://www.enonline.net/fex/06/fa19.html>
- SALIH, Kamal Osman. "The Sudan, 1985-1989: the fading democracy", en Journal of Modern African Studies, vol. 28, no. 2, 1990, pp. 199-124.
- STEWART, Frances y Emma Samman, "Food aid during civil war: conflicting conclusions derived from alternative approaches". Stewart, Frances y Valpy Fitzgerald, eds, War and underdevelopment, vo. I, The economic and social consequences of war. Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 2001., pp. 169-203
- THOMPSON, B. Coping with chronic complex emergencies: Bahr al-Ghazal, southern Sudan, D.E.
<http://www.fao.org/docrep/X4390t/x4390t05.htm#TopOfPage>
- VAUX, Tony. The selfish altruist. Relief work in famine and war, Londres. Sterling V.A, Earthscan Publications Ltd, 2001.
- WARBURG, Gabriel R. "The sharia in Sudan: implementation and repercussions, 1983-1989", Middle East Journal, vol. 44, no. 4, otoño de 1990,
- WOODWARD, Peter. Sudan 1898-1989. The Unstable State. Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 1990.